

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Mediación y Amor Cortés: De la comunicación a la subjetivación

Para obtener el título de Licenciado en Ciencias de la Comunicación
(opción Comunicación Política)

Asesora: Gloria Hernández Jiménez

Presenta: Leonardo Aribante Díaz Vera

Ciudad universitaria, Junio de 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Al silencio sublime

No dejaría ir tan esperada hoja sin agradecer a mi Padre y Madre, por todo lo aprendido; a los hermanos, por todo lo compartido; a los amigos, que con incontables charlas y vivencias contribuyeron en la formación: a Fabián “Patán” Bonilla, por la camaradería y bonachonería, a Javier “Chico migraña” Balladares por compartir el saber y el ejemplo contenido, a Alejandro “sin apodo” Trejo y a Eleusis “cachetón” Díaz: divertido compañero de infancia; a las mujeres de mi vida y a Gina, a Irasema Véliz, a Nara y con harto amor a Donají “la chipis” Faustino por estar conmigo en todo.

Mediación y Amor Cortés: de la comunicación a la subjetivación

INTRODUCCIÓN	5
Primer Parte.- Lenguaje	12
1.1 <i>Poner en común</i>	
1.2 Lenguaje, Negatividad y vacío	
1.3 Lenguaje como representación	
Segunda Parte.- Comunicación: la apuesta en común.	25
2.1.- La apuesta en común	
2.2.- Deseo e interacción mediada simbólicamente	
2.3.- Comunicación y subjetivación de la estructura representante	
Tercera Parte.- Amor cortés como Desubjetivación	38
3.1.- La desubjetivación en la idealización	
3.2.- ‘La Mujer’ como ‘la Cosa’	
3.3.- Subjetivación: la sexualidad como juego del poder político.	
Cuarta Parte.- Medios de difusión	53
4.1.- Mediación, desubjetivación e imposibilidad	
4.2.- Masa, sociedad y vacío	
4.3.- Medios de difusión: la práctica sublime	
CONCLUSIONES	66
Bibliografía	70

INTRODUCCIÓN

Usar una conjunción entre dos campos teóricos tan complejos y distantes en tiempos y formas resulta un reto. Sostener a lo largo del presente trabajo el vínculo entre la mediación y el amor cortés implica dar cuerpo a la posición que compete a tales argumentos: la posición subjetiva en la comunicación y en el reconocimiento, pasando por la idealización en lo amoroso y lo mediático (a partir de lo “sublime”) en el sujeto, es decir, en el paso hacia la subjetivación.

Relacionar dos procesos como la mediación y el amor no pretende debilitar la singularidad de cada uno de estos campos sino hallar los puntos referenciales al objetivo de este trabajo sobre comunicación, por un lado al delimitar el espacio de entendimiento que subrepticamente se reviste en esta posición *tautológica*, tautológica en el sentido de encontrar *lo mismo* en los dos campos estudiados, y así marcar su diferencia: la posición del sujeto en cada uno de estos contextos con sus particularidades. Esta distancia nos abre la posibilidad de fundar el espacio constitutivo que entenderemos como el punto *íntimo* de inflexión hacia el campo amoroso y el campo mediático.

Lenguaje como representación

La vida humana y el lenguaje son el espacio en el que acaece la subjetividad en toda su complejidad, no como una simple relación lingüística sino como la participación individual de un punto en perspectiva desde la construcción del mundo social como un mismo punto referencial. A partir de este *lugar* se ha de considerar lo preponderante o mejor dicho lo que da un lugar primordial respecto a la mediación, a lo hegemónico de los medios de comunicación de nuestra sociedad que nos ubica, al mismo tiempo como en una *mirada valorativa* y revalorada de dichas prácticas mediáticas: cuestionar este *modo* de “estructura social (ir)reflexiva”, cuestionar el *punto* que mira de regreso (tv, radio, prensa, etc.) como un punto desubjetivado. Este proceso plantea una *revaloración exaltada* de la función de los medios en mucho semejante a la fantasía del amor cortés según la reciprocidad que encuentra con las normas de la idealización.

Es en este sentido y no en otro ubico los objetivos del presente trabajo. En sentido general el propósito fundamental es enunciar la analogía entre la práctica de los medios de difusión (mediación *social*) y la lógica del amor cortés (como mediación) en relación con la representación ideológica del sujeto de la comunicación. El entendimiento que arrojaría este planteamiento, además de relacionar las categorías conceptuales en juego en este escrito, es, ubicar un punto de inflexión por el que el ‘entendimiento idealizado’ aplicaría lo mismo a procesos culturales o fenómenos colectivos como a procesos *personales*, individuales opuestos a la construcción subjetiva del reconocimiento, es decir, *ubicar a la mediación como el elemento referencial de lo subjetivo obnubilado en lo social, en la idealización de la comunicación.*

Para este trayecto abordaré la cercanía de los conceptos *lenguaje y comunicación* que componen el campo de la mediación y que son conceptos guía en las teorías de la comunicación. Hablar del lenguaje (primera parte de este trabajo) como proceso causal en la conformación de lo subjetivo nos lleva por el camino del carácter reflexivo que implica el tratamiento mismo del mundo en representaciones y como estos entendidos transgreden la estructura misma de la palabra pues la base de esta es el Deseo, deseo *representante* que se vale de signos para articular las interacciones que establecemos con el mundo y con el otro. En este proceder la *representación* como medio de entendimiento del mundo adquiere una primera forma y no será la única, otra forma de representación (sublime), veremos, es el amor cortés en su estrecha relación con el lenguaje y las valoraciones resultantes de la Comunicación, según como la entendemos en el siguiente capítulo.

Así uno de los cometidos particulares es *estudiar al lenguaje como la construcción de la realidad subjetiva, teniendo como objeto de estudio para la comunicación, a la representación del lenguaje en función del Deseo. Este carácter representante es la base de la idealización de la dama en el amor cortés.*

Comunicación: la apuesta en común

Con este trasfondo, en el que lo representado es apenas una primera traducción de lo percibido, la “comunicación” (en lo concerniente a la segunda parte) será el espacio donde el *poner en común* de las representaciones podría no decirnos demasiado si la tomamos como esquemas o modelos donde un mensaje *doblearticulado* que va de un lugar a otro. Abordar la comunicación en sociedades *de la información* nos remite al estudio del cuerpo teórico y a la práctica cotidiana en el campo de la Comunicación tecnológica. Para ello es importante tomar las reflexiones en torno a la palabra en el lenguaje y encaminarlas a los medios electrónicos, medios que construyen un punto de vista particular sobre lo social y pasan a ser una herramienta más a interpretar pero también una fuente de información que permitirá el análisis, como igual sucede con las conclusiones de nuestra experiencia con el mundo: el lenguaje como campo lingüístico es el espacio de representación pero también lo es el deseo de usar tales construcciones en la reflexión, en la subjetivación.

Las fuentes y los receptores en la comunicación se nos aparecen como una figura difusa en la opacidad del discurso esquematizado en la estructura técnica y en los mensajes... más aún si la palabra forma parte de un contexto *revelado* o ya digerido. Este segundo plano del sujeto de la comunicación que, allegado a lo difuso, se acomoda en la forma de los mensajes y la lógica de la mediación; es el que encontramos tácito en los modelos que complejizan la estructura de Emisor-Mensaje-Receptor, es decir, que incluso desde la perspectiva teórica se elude el punto subjetivo y por ello acercaré el término *desubjetivación* a la pertenencia y apropiación de la función de los medios (en lo teórico y lo práctico) por el apego a lo difuso de la información o a la exaltación del detalle amarillista, *desubjetivización* frente a los procesos masivos de difusión electrónica.

En tanto lo social se construye por múltiples posiciones, del universo de sus integrantes, los medios definen, articulan y recrean la función del imperio económico y de las líneas editoriales donde el elemento mediático no sólo es puesto a la orden del dinero, sino que crea la posibilidad de nuevos espacios en que se ‘apuesta’ la palabra y

la posición sobreentendida de un discurso social, es decir, la posición del individuo a partir de la inherente apropiación discursiva que remite la vida en colectividad. Unos desde la *interpasividad* y otros desde la pertenencia a la lógica de los medios electrónicos encuentran que lo subjetivo y lo social siempre rebasan la estructura técnica de los medios, primordialmente a partir de la comunicación como construcción subjetiva de representaciones sociales. Algunos constructos teóricos de las ciencias de la comunicación arguyen que la posesión de instrumentos tecnológicos y su accionar son una práctica viciada, repetitiva, exclusiva e inequitativa en la difusión, hace evidente que la referencialidad social potenciada a partir del individuo se vea reducida a la potencialidad de consumo en la cadena de la economía de la publicidad, los medios y el mercado global.

La comunicación, pues, no se reduce a las relaciones de flujos informativos, monetarios ni a las relaciones interinstitucionales donde se juegan los espacios de decisión mediatizados por las esferas gubernamentales como supuestos directores o planificadores de una complejidad que los ha rebasado por mucho. El actual uso de los medios de difusión dista mucho del reconocimiento que como individuos otorgaría la comunicación como un lugar específico donde los individuos a partir del lenguaje se ubican y refieren en las condiciones que la realidad subjetiva les sugiere. Al contrario de la masificación de las relaciones establecidas habrá que apuntalar los procesos que en los individuos remitan a la apropiación de ese orden discursivo.

Esta construcción subjetiva en la comunicación es un acercamiento a lo tratado en la segunda parte del presente trabajo según la perspectiva del carácter imaginario que constituye la comunicación (como campo teórico y práctico de la mediación) en el lenguaje.

Por esta vía del sujeto de la comunicación es preciso resaltar la *mirada comunicativa* es la característica hegemónica de los medios, del éxito deslumbrante en la remuneración masiva; de la carrera de las ganancias económicas (o al glamour del posicionamiento mediático) del que participan los individuos del entretenimiento; A través de la adherencia en el consumo de mensajes-mercancías (sean opiniones lideradas o estándares culturales en boga o de último modelo) el lugar *revalorado* en el

que se ubica la práctica de los medios de difusión es un lugar idealizado por la utilidad y primacía que juega la técnica mediática en las nuevas formas de organización social, económica y política en nuestra época. Esta idealización y elevación sublime, como categoría, la convierto en objeto de estudio en aras de dilucidar la composición social que resulta de este auge de la comunicación: por la organización democrática (que no prescinde en nada de la opinión pública y la sociedad civil) por la organización de la academia, de procesos culturales basados en la mediación, de la importancia que tienen los medios en lo político y sobre todo de la referencialidad que ubican los sujetos en la estructura comunicativa.

En este trayecto planteo como objetivo particular, en la segunda parte de este trabajo, *analizar a la práctica comunicativa como la deducción de lo social reflejado en el uso de los medios, es decir, como concepción de lo social, como realidad idealizada (cortés) en los modos y modelos, también, de la comunicación mediatizada tecnológicamente.*

La desubjetivación en la idealización

Este camino por la idealización me lleva a revisar el vínculo de lo subjetivo y el lenguaje en la comunicación, para después proyectar este *constructo* a un análisis de los medios. La tercera parte de este trabajo pretende ahondar en el carácter *sublime* que los individuos pueden otorgar a los objetos que ocupan aquel lugar *revalorado* y como esta valoración exaltada es inherente a la constitución subjetiva y cómo esta encontraría nexos con los conceptos básicos que encuentro en la comunicación. Aquí inicia la transición que resulta de la conjunción de la “mediación-amor cortés”, es decir, el nexo que articula la complementariedad de la comunicación con la subjetivación.

Todo esto para cerrar la pertinencia del título de esta tesis: “Mediación y amor cortés: De la comunicación a la subjetivación”, y el cometido de la investigación. En la lógica del amor cortés se da una escisión de dos esferas vivenciales: una íntima y una social, se construye y apropia una ficción amorosa (íntima) justo cuando se acepta jugar el papel social (jerárquico de cierto orden simbólico) de princesa o caballero en el cual

se anhelan escenarios privados que reproducen la estructura del orden feudal en el que surgen: de una Dama-Amo con todas las propiedades dictatoriales de un señor feudal y un Vasallo-Caballero. En esta ficción social se pretende una posición donde no hace falta pensar, donde los roles están acomodado para llegar y jugar cada papel bajo la apariencia de estar en riesgo las pasiones íntimas cuando son las normas sociales las que, en este *sublime* proceder, obtienen su reafirmación y reproducción ideológica, económica, política, cultural, etc., del orden preestablecido.

Lo pretendido con esto es argumentar que la estructura subjetiva se acomoda en estas representaciones sublimes para apropiarse de lo actual, lo imperioso, lo *primordial* y lo vigente de una cultura *recargada* en los medios electrónicos, en la influencia, la correlación o dependencia informativa en esferas como el trabajo, el entretenimiento, la agenda política y los líderes de opinión, los procesos electorales, manifestaciones multitudinarias, es decir, que este carácter sublime opera no solo en la Dama elegida como objeto de deseo sino en todo el orden hegemónico que reviste nuestro entendimiento en las correspondientes esferas de vida. Precisamente lo sublime de la comunicación en estos tiempos como el amor cortés refiere la pérdida del referente concreto, de la mirada reflexiva para dar lugar a la necrosis de lo inmediato y llegar a una incomunicación (o desinformación por saturación de información), situación que traduciré como *desubjetivización* por la mediación en la mediación, en el falso protagonismo de las encuestas o de las jerarquías sociales de amo esclavo, de las estadísticas y las elecciones, de la imitación, de la ceguera en la pantalla o de la triste posteridad de la repetición de la programación al día siguiente. Hay cierto juego mediático, que se pretende argumentar en este trabajo, que instituye junto con la difusión masiva una suerte de propuesta de desubjetivización, donde la desatención del deseo puede operar como el parámetro principal de representación social en tanto que opera una imposibilidad reflexiva en los medios por la aceptación dogmática o de roles establecidos, donde la práctica cotidiana funge como una creencia articuladora de un orden noticioso, social, cultural, político... un orden simbólico de dimensiones insondables.

Bajo esta perspectiva podemos volver al tema de los mensajes ¿son eso que podríamos establecer como lo “puesto en común” entre los sujetos? o ¿eso que se

comparte en una realidad discursiva específica (mensajes-mercancías)?. Son sin duda los mensajes lo que constituye la base de la comunicación, por tanto, es el sí mismo, vía la palabra, lo que se “pone en común”. Es la pertinencia de las representaciones lo que está en juego en la comunicación en tanto subjetivación y reconocimiento.

La construcción de una realidad discursiva específica se opone necesariamente a una realidad objetiva, de los actos, donde los roles, las costumbres, las leyes, las reglas y los acuerdos sociales son los que suspenden dicha realidad por una ficción sustitutiva, por discursos dotados de sentido una vez que adquieren “capitalidad”, que se vuelven capital económico, político, social, verbal, etc., en su compleja y vasta red sociosimbólica que estructura los parámetros y juicios que sostienen el estatus de dominio.

En el amor cortés podremos retomar los elementos hasta aquí analizados para delimitar la cercanía de los procesos expuestos en la problemática del lenguaje, el deseo, el otro y la comunicación como subjetivación y reconocimiento contra la oposición cultural fetichizada de los medios de difusión masiva, y su correspondiente intento de ‘problematización’ a partir de la necrosis de lo real en que caen los sujetos presos de la fantasía en un marco referencial de la industria del entretenimiento, de la obnubilación por suposiciones perentorias en detrimento del sujeto de las teorías de la comunicación; en franco retroceso por el miedo patente que oculta la creencia en la arbitrariedad del signo.

Analizar al ‘Amor cortés como Desubjetivación’ (tercera parte de este trabajo) permite revisar, bajo el planteamiento de la idealización, *la construcción sublime y el juego por el reconocimiento en representaciones sociales-ideológicas, según lo actual del amor cortés en la mediación (desubjetivación)*.

Medios de difusión: la práctica sublime

Al hablar de los medios electrónicos se corre el riesgo de confundir el síntoma con la enfermedad, de no llegar a ningún lado al asegurar que hay un desgaste de los signos, de un uso indiscriminado de imágenes, de la vacuidad narrativa, de un particular determinismo económico o de la idealización de la comunicación en una alternativa salvadora, o exclusiva de seres “éticamente *autónomos*”. El objeto de estudio en la comunicación no puede ser la materialidad del mensaje (emanado de una “fuente”), ni la respuesta, entendimiento o capacidad analítica autónoma. Como primer punto de identificación podemos decir que el espacio propio de los medios de difusión es el espacio simbólico del que se valen y que articulan, un orden mediático, acuciante en el firme interés de propagar mensajes a una determinada cantidad de oídos potenciales. Su función es representativa y representante; representativa en ser parte del acaecer social y representante al ser la práctica de la comunicación la que desdobra en sus discursos la apreciación de lo sucedido. Es la representación y reproducción simbólica de un orden mediático, en el margen de sociedades democráticas, la que articula las funciones y el entendimiento de lo que se hace en la práctica comunicativa, pero esta práctica comunicativa, que incluye tanto relaciones dialógicas como mediáticas, contiene en sus parámetros de representación social una estructura idealizada de un mundo preestablecido.

La práctica social de los medios se eleva como un gran discurso sobre lo concreto, con narrativas necesariamente sesgadas resalta una perspectiva particular y oculta con imágenes ‘reales’, perspectivas periodísticas y especificidades técnicas propias del medio, al punto de realizar dramatizaciones virtuales de un asesinato cuando el móvil de este no es siquiera tratado... lo mismo aplican a presos políticos, periodistas encarcelados o revueltas masivas como linchamientos o quema de autos en zonas marginales. Se puede decir que de manera general hay una evasión de la subjetividad como característica de existencia individual en los discursos sociales. Esta desubjetivación de los discursos opera en el mismo sentido que la estructura técnica de los medios de difusión masiva y extiende una representación ideal semejante a la fantasía adoptada por la dama y el caballero en el amor cortés.

Dejando de lado la radicalidad del objeto de estudio de la comunicación como ondas sonoras, signos, tenemos que los mensajes son inherentes a un sujeto, a una particular posición subjetiva frente a las especificidades del fenómeno social en cuestión. Esta postura es una franca oposición a las teorías instrumentales o matemático-tecnológicas de los medios de difusión en el estudio de la comunicación pues la subjetivación de lo circundante es inherente a la generación de mensajes que inclinados por la elucidación de los procesos instauran una realidad subjetiva que articula estructuras de entendimiento y transmiten formas subrepticias de las relaciones de poder, del desentrañamiento de la apropiación del lenguaje, de sus reglas y sus mitos informativos.

Primera parte

Lenguaje

Pensar la naturaleza del lenguaje y su importancia en la comunicación correspondería a desechar la posición de pensar y decir sólo cuanto debe o puede decirse, pues no corresponde una separación correlativa entre lenguaje y comunicación más que en el sentido de apuntar *aquello* de lo que, finalmente, se habla. De entre lo que preexiste en el lenguaje y lo *dicho* aguardan los resquicios subrepticios que dan pie a pensar la posición de la subjetividad en su articular lo que ella misma implica.

Apuntar el fundamento del origen de la palabra en la comunicación (y pensar la reciprocidad de los elementos que intervienen) nos permite articular la relación de la apropiación del lenguaje como autoconciencia, en su perpetua emergencia, para así precisar los límites de la posición del sujeto en la comunicación.

La transmutación de lo mítico de la cosmogonía religiosa hacia las certezas epistémicas darwinistas constituyeron un paso importante en la historia de la humanidad, de la construcción del conocimiento y su reestructuración en la visión sobre el hombre mismo, de sus relaciones de poder y la cabida de una subjetividad abierta. De igual forma, en los siglos posteriores, dio lugar el desencantamiento que el uso técnico sostenía en la potencialidad de la ciencia, del dominio sobre la naturaleza.

En tiempos más cercanos los discursos sociales en la mediación informativa han tendido un velo sobre la interacción y entendimiento entre los hombres, del *vínculo* entre el lenguaje y los objetos, de la constitución misma del mundo humano que parte, ineludiblemente, de la demanda que lo externo por la percepción sensible exige en la correspondiente recursividad de esta representación en el pensamiento, en el yo, en lo social, que embargará la interacción con un Otro que en sí constituye ya un velamiento representado susceptible del *iluminismo* que bien conocemos y que determina lo irrepresentable e insostenible de lo previo a la palabra o de las estructuras que determinan a los cuerpos.

1.1.-Poner en común.

Preguntarnos por el lenguaje desde el lenguaje resulta tautológico a un grado tal que la evidencia tácita parece un absurdo que en verdad bien puede ser una denegación en toda la extensión de la palabra pues supondría su superación un entendimiento pleno de los actos. Sin embargo no es así y sería necedad no confesar que hacer esta pregunta resulta redundante sin, *precisamente*, llegar a serlo: lo mismo podemos respondernos con refinada precisión en términos semánticos, gramaticales, fonéticos, etc. sin ser precisamente, en este proceder, acertados en la respuesta; la lengua no da la pauta.

¿Entonces qué es lo que estamos preguntando, o desde qué posición es desde la que se pregunta? No desde el compromiso particular de la existencia pretenciosa de la compulsión a los intereses. Podemos ubicar que esta pregunta aunque se expresa en los términos de la lengua no se pregunta por ella ni por su análisis, ni contenido como tal, ni mucho menos en la doble capacidad articuladora de estructuras, sino en el embrollo que implica ser capaces de nombrarnos a nosotros mismos, es decir, reconocernos en y a través del lenguaje (sea lo complejo que esto implica), y así ubicarnos *restrictivamente* por el camino de la conciencia, actuar o pensar en las sutiles particularidades del contexto o situación histórica, desaprendiéndonos del presente viviéndolo en una flexión paradójica. Jugando en función de eso que decimos que somos y que, estrictamente no *es*.

Esta peculiaridad lenguajera de lo humano no es tan sencilla como parece y embarga los intersticios de lo que aquí compete. Como bien apunta Nietzsche: “solamente entregándonos al *olvido*, de esto que no es, puede el hombre llegar a imaginarse en esta posesión de una verdad al grado de trocar consecuentemente ilusiones por verdades”. Este olvido que relega el campo mismo en el que nos movemos soslaya el carácter reflexivo que incluye el origen del *nombrar los objetos del mundo*, traduciendo así el menudo y trágico problema del lenguaje en una particularidad posesiva de nuestra extensión pedestre... implicaciones que ya se *ponen* en cuestión.

“El hombre toma conciencia de sí en el momento que por “primera” vez dice “Yo”. Comprender al hombre por la comprensión de su “origen”, es comprender el origen del Yo revelado por la palabra.”¹

En el lenguaje entendemos una distinción “fundamental” entre lo humano y lo animal; por el nombramos y organizamos todo en propias categorías y especificidades: sean mamíferos, insectos, en acuáticos y terrestres, marsupiales, rumiantes, plantas, piedras, elementos químicos, quimeras y bagatelas etc., como bien lo hacen otras ciencias y alguna que otra religión, pero eso sí, guardando la respectiva distancia activa que nuestra diferencia humanoide así convoca y reafirma... como si la pertenencia comprometida nos trocara las ideas y entonces volvemos a la “redundancia” de la nominación y a la pregunta resuelta revestida de descripción pormenorizada, con nombres científicos y todo.

Sin embargo y a pesar de esto en el lenguaje somos y en él nos referimos, primordialmente a partir de *esto* ‘otro biológico’ de lo que provenimos... de lo que nos representamos, asimilamos y entendemos desde otra realidad ya nunca más biológica, estrictamente hablando, ya la palabra tiene un lugar primordial y que opera por esta *puesta* en juego de lo subjetivo. O lo que es lo mismo, en lo humano encontramos la mediación de la palabra justo donde ubicamos los límites del yo a partir de aquello que empuja, nos define y determina como un punto nimio y peculiar que sostiene el aislado, sesgado, aterrado y reducido punto subjetivo determinado por ese germen que lidia con el no-yo; para así delinear lo que sería el yo... si no solo hay que remitirnos en lo somático y lo subjetivo y perceptible de lo sensible que muchas veces pasa inadvertido... o como dice Wittgenstein “el yo es [apenas] un correlato del mundo”.

Tomar esta conclusión espacial y sensorialmente no es muy difícil, los sentidos delimitan bien lo que compete a un cuerpo y no a otro, aun así en el lenguaje y en la realidad psíquica es diferente pues hay límites que no son inmediatos y que corresponden a los actos, a la memoria, al pensar, al hablar (remarcada diferencia ya

¹ Alexandre Kojève, *Introducción a la dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*, ed. Fausto, Buenos Aires, 1999, p. 11.

que pensar desde la fantasía o el delirio difumina lo que tampoco está establecido, el lenguaje puede no reestablecer dichos límites).

Los límites de la conciencia siempre son ya articulados desde la palabra, o ¿quién recuerda extensamente ese paso de apropiación o “aprendizaje” de la “facultad” que constituye el lenguaje? ¿quién recuerda antes de ponerle palabras (imágenes o recuerdos traducibles) a las representaciones que constituyen nuestras primicias en la vida? Sea pues que el lenguaje constituye en nosotros limitantes de diversos procesos como puede ser el saber frente al no saber, el irrumpir o con nuestras palabras en ciertos contextos o con ciertos temas... y por supuesto las propias limitaciones en la dimensión de los objetos en la interacción. He aquí la complejidad de dichos límites.

Sabemos también que el yo puede verse amedrentado y ser presa de la abulia o el desgano, por el desdén en las palabras o la ausencia de un otro, por citar solo un ejemplo. “Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí mismo, de nuestro propio yo. Este yo nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de lo otro. Que esta apariencia es un engaño, que el yo más bien continua hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico inconsciente que designamos 'ello' y al que sirve, por así decir, como fachada... ...Contrariando todos los testimonios de los sentidos, el enamorado asevera que yo y tú son uno, y está dispuesto a comportarse como si así fuera... Por tanto, también el sentimiento yoico está expuesto a perturbaciones, y los límites del yo no son fijos”²

Podemos apuntar, por decir de alguna manera, que en el lenguaje encontramos dos niveles constitutivos. Uno es la “facultad” exclusiva humana capaz de nombrar, de distinguir lo otro y referirse a uno mismo que constituye un campo distinto de los objetos, se ubica sobre ellos. Lo que se nombra, el objeto del sujeto, son “signos, las palabras, envuelven, por lo menos como posibilidad, el sacrificio, la muerte de la cosa nombrada... el lenguaje como tal solo es negatividad. Lo negativo tiene un poder terrible. Disuelve lo que se da en una unidad; separa lo que está vinculado; el análisis mata; pero precisamente así puede penetrar en los seres, desmembrar y reubicar a los

² Sigmund Freud *El malestar en la cultura*, ed. Amorrortu Argentina, 1989. pp. 66 y 67.

objetos, captar su génesis en el devenir.”³. Y así la disyunción de la vida humana puede oscilar en la afrenta de lo que esto conviene en la falsa sutura del atomismo naturalista sublime del componente material básico, hasta el idealismo espiritual totalitario.

Un segundo nivel podríamos pensarlo a partir del esbozo de un vínculo de ‘comunidad’ (por el lenguaje) desde el asumir referencialidades e imperativos culturales que se propagan mediáticamente en lo inmediato de la palabra, en aquello que constituye el mundo humano en sus suposiciones: un orden simbólico incluyente desde la fantasía que trata de obturar el enfrentamiento con el punto anterior y recíproco del lenguaje, de este sospechoso proceder de lo ‘puesto en común’, entiéndase el otro, lo Otro, lo dado y el tiempo, la primera y la segunda naturaleza, o en este caso el ego en el *alter ego* comunicativo.

La situación en que sujetos afectivamente integrados con un orden simbólico preestablecido tenderán a la comunión y a la exclusión, a la autoexclusión y negación recíproca de la comunión a la negación auténtica y militante del suicidio simbólico o real del ermitaño, el terrorista, el hedonista aristocrático o cualquier otro que en este tenor se aproxime a la interiorización inversa de esa pertenencia afectiva que incita a la consecuente evasión del ofuscamiento en la fantasía. Sin pasar por la resistencia crítica de quién en el lenguaje, cuestiona por la realidad subjetiva, y el engaño del status que acentúa la desunión, di-fusión mientras acerca los referentes de la época al juego de las relaciones de cierto tipo de subjetividad.

Así, lo que lleva a la puesta en común es la delimitación de la negatividad por la apuesta de la subjetividad. La separación primaria que permite el *poner común* apela al entendimiento por la internalización de las relaciones de la ficción social; dejando de lado el inconsciente desarticulado propio del lenguaje para ceder ante estos dos ‘suggerentes’ niveles que tienden a la comunión y la diferenciación-excluyente. Así, la inclusión, la marginación, adaptación, ruptura, lo permitido, lo abyecto, la integración y la disolución serán la ganancia de la identidad a costa de olvidar que es la autoconciencia, en la deconstrucción imaginaria de aquel vínculo intersubjetivo, la que

³ Henri Lefebvre *Lenguaje y Sociedad*, ed. Proteo, Buenos Aires, 1967 pp.63

da la vuelta a lo puesto en común y en sí manifiesta la transformación discursiva en lo social.

1.2.- Lenguaje, Negatividad y Vacío

Que en nosotros opere esta negatividad de revelarnos a nosotros mismos implica oponer el *sentimiento de sí*, (nuestra realidad animal, biológica, deseo (en minúscula), como un objeto revelado a un sujeto en una pluralidad de deseos, un deseo que no es objeto y no puede serlo pues la objetividad de la realidad animal no es vivida en lo humano más que por la vuelta reflexiva de un yo que se ubica y representa por, sobre y gracias a ese cuerpo biológico o realidad animal que siempre está ya mediada por el Deseo del otro que se es.

Así la objetividad de los cuerpos no puede ser percibida más que por la *representación* de ese cuerpo del Deseo y así objetiva las potencialidades del yo para crear en y por la acción (destrucción negativa) una *realidad subjetiva* en la correspondiente asimilación de *otra* realidad exterior, donde el lenguaje es el espacio vacío de la negatividad. “de manera general, el Yo del deseo es un vacío que no recibe un contenido positivo real sino por la acción negatriz que satisface el Deseo al destruir y asimilar el no-yo deseado. Y así el contenido positivo del Yo, constituido por la negación, es una función del contenido positivo del no-Yo negado”⁴, entonces el lenguaje, en tanto negatividad se aparece como un *vacío irreal* provocado por el Deseo mismo y se manifiesta como el Deseo de nombrar, de distinguir lo uno de lo otro, el yo del no yo en la elección de lo, ahora, deseado por el Deseo del Otro que nos quiere (así, el lenguaje es otro, así como ‘yo es otro’).

Encontramos a partir de estas implicaciones dos realidades respecto al lenguaje: una donde lo Deseado en tanto articulación simbólica es una traducción (necesariamente) de este deseo que es revelado a sí mismo solo por otra cosa que supera la realidad dada: otro Deseo. Luego entonces, esta primera articulación nos lleva a

⁴ Alexandre Kojève, *Introducción a la dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*, ed. Fausto, Buenos Aires, 1999, p. 12

entender que el lenguaje opera en función de aquellos límites que articulan una realidad que nos exige un examen de conciencia, una *construcción o traducción* en lo simbólico, de aquella experiencia que se comparte y que es el vínculo que posibilita el vacío y extiende ese *poner en común* a partir de la apropiación e inclusión. Una segunda dimensión la ubicamos en la misma inscripción de este otro Deseo que representa siempre ese vacío, es la inscripción del lenguaje en el cuerpo, la articulación que da cabida a las formas Deseosas y aprehensiones que se dan cabida en el sentimiento de sí para reflejarse en la conciencia y así articular al mismo tiempo esta delimitación por la definición y exclusión de los objetos y las relaciones entre los individuos... lo mismo opera en la “naturaleza” del lenguaje que en los espacios subsiguientes a la experiencia del sujeto: las subsecuentes tendencias ideológicas incluyentes y excluyentes son vivo ejemplo.

Ambas posiciones del deseo, según Kojève, nos muestran o se nos pueden mostrar como un imperativo de la realidad en la que nos sumamos e identificamos en coexistencia, pero siempre desde esta búsqueda del “origen del Yo revelado por la palabra”, es decir que ambas posiciones son imposibles pues son ya desde meras representaciones, no podríamos apelar a una visión naturalista o materialista, ni a otra moral o idealista, por que es precisamente esta trampa la que impide seguir apelando al entendimiento del lenguaje y del deseo, o “...[¿] no se habla para especificar los deseos[?] ...si yo levanto un dedo para mostrar el sol ¿cómo saber si muestro lo alto, el cielo, la luz o si quiero explicar el verbo ‘mostrar’?” (Octave Manonni, “Un comienzo que no termina”)⁵.

De la misma forma, en el abordaje epistemológico de la lingüística, con los signos, como unidades básicas; representates de la negatividad que constituye el lenguaje, se libra esta batalla y es Benveniste quien niega el acento Saussureano que adjudica al signo la “arbitrariedad” determinante. Este paso contiene los dos puntos anteriores que son el accionar del lenguaje pero no el vacío constitutivo en el que el

⁵ Este es un caso documentado y analizado por Manonni donde Itard trata de enseñar el lenguaje Víctor un humano que sobrevivió en un medio que no es el humano, no tenía lenguaje simbólico. Humano salvaje podría decirse

sujeto puede apelar a la resignificación de los procesos propios de su temporalidad en la ruptura de su deseo que incursiona en aras de una paradójica construcción subjetiva.

Permítaseme la analogía de oponer (a partir de la arbitrariedad y el abordaje lingüístico) la inclusión como semejante del significado y al significante como el correspondiente de la exclusión respecto de los elementos de la apropiación lingüística. Así, en la formación del sujeto se establece en y por el Deseo (en tanto vacío) una relación de *necesidad* no de arbitrariedad al adjudicar el significante a una imagen mental, o como diría Benveniste: “uno de los componentes del signo (la imagen acústica) constituye el significante; otro, el concepto, es el significado. Entre el significante y el significado el nexo no es arbitrario, al contrario, es *necesario para ponernos en común.*”⁶ y así resulta evidente que la ganancia de una posición en el lenguaje no es por una determinación, apego, supeditación y/o arbitrariedad del sujeto sino una ganancia reificante de identificación y reconocimiento frente al otro que nos “ nombra”, he ahí donde cabe la propuesta de la *necesidad* en Benveniste.

Sea entonces que la experiencia vivida se aparece en la palabra como *necesidad* (léase pulsión infra p. 11) intrínseca e ineludible de representar la experiencia a la que se esta expuesto para así identificarse, por ejemplo: el peligro que resulta cierto animal se nombra, es necesidad para advertir y así el otro puede ligar la palabra tigre a cierto animal peligroso (aunque este no exista), es necesario ubicarnos en la negatividad de un suceso potencial o anterior a una situación particular que engloba la amenaza mortífera que supone un elemento externo (y así suponer que el ‘uno amenazado’ está relacionado con algo *interno*). Vemos pues que esta relación del lenguaje con las cosas nos permite subjetivar y distinguir la relación de lo otro en cada una de sus singularidades posibles, así como la correspondiente individuación en esta primaria nominación de reconocimiento de lo dado a través de la lengua pero no es la lengua o la forma externa lo que hace al sujeto sino el vacío que da lugar a esta apropiación por eso “Cualquier cosa puede siempre representar cualquier otra. De esta posibilidad loca, precisamente, procuramos sin cesar defendernos. La teoría de la ‘arbitrariedad del signo’, lejos de

⁶ Benveniste, Emile, “Problemas de lingüística general” 1ª ed. Siglo XXI p.51

reconocer ese secreto, aparece más bien como el aterrado retroceso que el secreto provoca. Y aun así esta prudente teoría puede llegar a inquietar.”⁷

“Tomado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa en donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas ni nada es distinto antes de la lengua.”⁸ Lo “arbitrario” en este caso, nos dice Benveniste, es el uso de una u otra palabra, dada, a un elemento de nuestro mundo, objeto del signo lingüístico. Por tanto es por el lenguaje que distinguimos y conocemos el mundo como parte externa a nosotros en tan infinita diversidad como es posible (a través de la lengua). Es por esta distinción que el lenguaje condensa la experiencia sensible en una representación del yo, en una realidad subjetiva: “La razón no es inteligente ya que tiende a reducir a una síntesis todos los actos del conocimiento. ...es una pasión, pues sufre siempre la conciencia de su limitación y de su pasividad reflexiva. Sabe que solamente puede obrar sintéticamente sobre el mundo sensible, fenoménico. ...al interiorizar las cosas que padece las aprioriza o apropia racionalmente. La razón es, originariamente, una percepción o aprehensión pasiva.”⁹

1.3 Lenguaje como Representación

El lenguaje, en tanto es la interiorización del otro para dar lugar al uno en el otro, remite al reconocimiento o a la interacción con ese otro y al mismo tiempo desconocerlo por la misma mediación simbólica que pregunta por él y por lo restante de la alocución; para rodear lo real y dar parte de la voluntad cognoscente del ‘uno mismo’ en el lugar presencial de lo *inexistente*, de lo simbólico; en el entendimiento social que se da en el discurso, en la otredad de *agentes externos*, referenciales del otro igual sin dejar su propio cerco subjetivo. Así como no hay nada antes de la lengua, entendemos, obviamente, que no hay un yo antes de la lengua.

⁷ Octave Mannoni, “Las pistas del imaginario” ed Amorrortu, 2ª reimpresión 1990, Argentina p.1

⁸ Saussure citado por Benveniste en “Problemas de lingüística general” ed. XXI p.51

⁹ *Tratado de las pasiones*, Carlos Gurméndez, ed. FCE, 1º ed, 1986 México

Así el lenguaje como negatividad y representación de la realidad ofrece pautas para pensar a la comunicación. Entendemos está constituida por la negatividad de la vida consciente (articulada simbólicamente) de nuestro ser, en el decir simbólico de nuestra correspondiente implicación con lo real, de la inserción del yo en el mundo social, un mundo preinterpretado que no deja de obedecer a la “materialidad concreta” (incluso nuestro cuerpo *marcado* por los discursos), a la referencia histórica que significa, al examen de la realidad, que “lo concreto es la unidad de lo diverso”. Por tanto, la comunicación al atenderse en su problemática de materialidad efímera está tratando de romper con las implicaciones del contexto vivido pues hace patente que la cuestión no tiene que ver más que con la construcción social que atendemos y nos articulamos para pensar el mundo, con el fin de enlazar la base objetiva del entendimiento subjetivo con el *propio lenguaje* y el mismo proceder, es decir, que las resignificaciones del yo con *lo dado*, con los objetos, con el lenguaje; es una resignificación del mundo circundante, es una apropiación de sentido, subjetivación, es la adaptación de nociones del Deseo en condiciones objetivas de conciencia del Deseo, de la realidad discursiva de los medios en tanto la ubicación de un sujeto-del-discurso, del lenguaje y del inconsciente.

Si la comunicación está fundamentada en este proceso del lenguaje y lo vemos en función de un entendimiento (correspondiente necesariamente a una parcela de la realidad) a un particular punto subjetivo y la negatividad solo se tiene en la comunicación como causalidad potenciadora del presente, el pasado y el devenir: el tiempo en su transmutación en el futuro-presente-pasado; sea con arreglo a fines, como formas de resignificación particular del entorno en el entendimiento y su correspondiente cambio material. Dicho sea de más somos el único animal que puede vivir a tres tiempos (presente, pasado, y futuro) que a fin de cuentas son uno solo el del Deseo... el devenir.

Luego entonces llegamos a un punto donde el planteamiento preciso con la comunicación, en tanto un “poner en común”, cobra ahora significaciones especiales. Por tanto, este poner en común, no es totalmente atribuible pues el mismo lenguaje abarca este poner en común con un status del individuo que atina a dignificarse en el discurso, a nombrarse. He aquí el ambiguo problema del lenguaje: “lo que debe ser el

objeto propio de cualquier discurso crítico no es la relación de un hombre con un mundo, ni la de un adulto con sus fantasmas o su infancia ni la de un literato con una lengua, sino la de un sujeto hablante con este ser singular, difícil, complejo, profundamente ambiguo (ya que se designa y da su ser a todos los demás, incluido a sí mismo) y que se llama lenguaje.”¹⁰ Sobre ello se impone la comunicación y no incluye desentendimiento de esta base intelectual que está siempre presente como la consideración que resiste, en el entendimiento, a la obnubilación de la fantasía. El carácter sublime del amor cortés, en este sentido, nos ilustrará en la tercera parte de este trabajo.

Sin embargo hay algo constitutivo dentro de la negación que hemos evadido, podemos entender las dimensiones y la importancia de la ‘destrucción-negación’ como aquello ineludible que está mezclado en estos conceptos. En la negatividad, en el saber que una realidad objetiva solo puede ser subjetiva, en la acción y en la ruptura de las ‘representaciones’ previas en que se encuentran los sujetos, es donde la reflexión y la exclusión, las incursiones e inclusiones se articularán frente a lo que supone “la vida” en sociedades como las actuales.

Para ampliarlo me permito una analogía del lenguaje con el análisis que Freud hace de la pulsión. Para Freud hay una oposición ineludible que se juega en la manifestación de las pulsiones como lenguaje con estas dos vertientes de la línea expositiva hasta este momento. Es decir, una, donde el sujeto representa para sí en palabras el mundo circundante, y la segunda como ubicación en un ‘orden’ de donde extrae y se inserta su lenguaje, donde la línea de la subjetividad particular se difumina con lo social. “Una pulsión no puede nunca llegar a ser objeto de la conciencia (*objekt des Bewusstseins*), solo puede serlo la representación que lo representa (*die vorstellung, die ihr repräsentiert*). Pero aun en el inconsciente la representación no puede ser representada (*repräsentiert sein*) sino por la representación (*vorstellung*)”¹¹. Para ponerlo más claro hay algo en los humanos que (como vimos con Kojève) empuja a la acción, acción que destruirá una realidad objetiva para crear una subjetiva (aún con una

¹⁰ Michel Foucault, “Del lenguaje y literatura”: citado en la introducción de Ángel Gabilondo, ed. Paidós 1999 México. P. 14

¹¹ Freud, Sigmund «Lo inconsciente» Amorrortu Editores, Tomo 14, pág. 173

depresión, bulimia, delirio, y demás síntomas. Es este Deseo o pulsión el que vivimos como un 'vacío irreal', que vivimos como el deseo de otro e intentamos llenarlo con la acción, con la palabra o con la locura, es aquí donde Freud alumbró esta pretensión de llenado.

La pulsión en tanto vacío irreal solo puede llegar a la conciencia mediante 'la representación que la representa', es decir, mediante una representación (*vorstellung*), entendida como la complejidad de la incursión consciente del vacío frente a otros Deseos, en alemán este vocablo puede ser utilizado en referencia a las obras teatrales, de danza, ópera, es decir como 'representación' donde hay una complejidad o trama tejida entre los Deseos conscientes e inconscientes. Entonces la representación que supone al deseo-vacío está (escondiendo o) representando eso que representa (*repräsentiert*). En un ejemplo podemos ubicarlo a partir de la cotidianeidad del 'algo querido o anhelado' pero esta cosa es querida a partir de una representación que nos indica el vacío como lo puede ser un platillo favorito o simplemente satisfacer el imperioso mandato del hambre en un mundo de escasez, el hambre y su proceder están representadas ya de alguna manera en la precariedad y la holganza, en la afectividad o en lo práctico que permite seguir con otras actividades, como apunta Marx 'el tiempo libre es el tiempo sustraído al dedicado a la satisfacción de las necesidades', es decir en tanto ser social siempre hay algo más allá de nuestro propio cuerpo (del deseo representado por la urgencia de la satisfacción) que desde ya está marcado por el Otro.

Es aquí donde los olvidos adquieren mayor importancia pues el lenguaje propio de una subjetividad no puede alcanzar más allá de sí sino por la confrontación con el otro, o ¿no es Marx quién desentraña y denuncia el olvido del proceso productivo en el capitalismo en el que en este sistema de representaciones productivas se ha de asumir la clase obrera? hay algo negado en la realidad que se esconde tras la lucha de clases, tras la lucha ideológica por la hegemonía, que se traduce como la representación imperante de lo social, de la pulsión que no puede ser objeto de la conciencia, dimensión que está oculta y es con el movimiento dialéctico marxiano que se deja a la vista como ese vacío que constituye la pulsión que es invocado con la praxis pero también con lo sublime (inexistente) de la utopía totalitaria del comunismo, siendo esta última, la que otorgó

una ruptura en el pensamiento del devenir social como orden alterno, aunque después haya tomado el lugar de lo mismo que combatía.

Con esto tenemos que en la complejidad de este imposible y fatuo 'llenado de vacío', de aquello con que en realidad tapamos (mediante la creencia o la fantasía) lo constituido por el lenguaje que se opone nuevamente como una realidad a destruir, como bien lo son los *destinos* de la pulsión con que nos hemos representado: ser filósofo, comunicólogo, catedrático, mortal o psicoanalista.

Segunda Parte

Comunicación: La apuesta en común

La comunicación en tanto se vale del lenguaje, en tanto enunciación volitiva, es una distinción particular con un otro que apela a nuestra disposición en el lenguaje por la comunicación, del sentido, es un proceso en el que tiene lugar la apropiación del lenguaje en el medio en que interactuamos, de su reflexión en el reconocimiento y entendimiento de lo propio potencializado en esta relación de reconocimiento.

No podemos menos que apuntar en la relación causal de este proceso (que pasa con claridad por el primer plano de reflexión del lenguaje) al entendimiento y la exigencia que lo externo nos exige en pos de las mismas representaciones que están en juego en el mundo de lo social; en este debate por el reconocimiento.

2.1 La apuesta en común

En el camino que se han trazado las teorías de la comunicación en el siglo XX toman como punto de partida el acontecer de su valoración en función del lugar que toman los medios escritos y electrónicos como un discurso expansivo que, además, acorta distancias en procesos que requieren cada vez más de las facilidades que otorga tal difusión de mensajes.

La importancia que representan se juega en la capacidad técnica y en el alcance social que ostentan, para ordenar en estos mismos, discursos que articulan los temas principales de las sociedades que de su uso hacen una práctica cotidiana. Pero ¿en qué momento se justifican como pretensión teórica, como reorganización de lo social que se tiende en complicidad o desatino para llegar a los avatares actuales de una sociedad tecnológicamente vertiginosa en que el flujo informativo llega a distanciarse de las esferas mismas de lo social?

En la ineludible e inescrutable antigüedad de los procesos de transmisión, enseñanza, instrucción, educación, etc., la misma comunicación tiene lugar, como propuesta (directa o no), pero es a partir del desarrollo de los procesos tecnológicos, políticos, derivados de la ilustración, que vienen aparejados con la prensa y el cinematógrafo a partir de las últimas décadas del siglo XIX en un auge relativamente acelerado pues es en un lapso de alrededor de 7 décadas que se llega a las primicias del internet y la transmisión satelital. Este ritmo sugiere la expedita teorización de los medios electrónicos en la comunicación por el lugar y la atención que toman las herramientas técnicas como vehículos del discurso de las naciones; desde las primicias del cinematógrafo, la propaganda y los medios impresos tienen un lugar privilegiado y valorado por el valor testimonial, propagandístico y de difusión que será primordial en el ambiente bélico a principios del siglo XX. Posteriormente llegará la radio y la televisión con el impacto de la inmediatez en la distancia y repercusiones auditivas y visuales que la propia experiencia humana ya tiene valoradas en una dimensión personal.

El desarrollo de internet y telecomunicaciones más avanzadas y variadas en la transmisión cuentan ya con un uso y valoración exacerbada por su importancia científica, económica y el carácter novedoso que encuentra multiplicados asombros significativos en la vida cotidiana.

En el pequeño periodo de los últimos 50 años, el vórtice bélico de la reorganización mundial, la carrera tecnológica, las nuevas formas de organización política y de lucha por el poder incorporan vertiginosamente todo lo que la tecnología va poniendo a la mano de las cabezas directrices de lo que va siendo el fundamento de los parámetros rectores del mundo actual. En este contexto y en muy buena parte (por ser medido) son absorbidos los intereses metodológicos y científicos que abordan las 'telecomunicaciones' y a la comunicación misma como un proceso, las más de las veces, indiferenciado.

En este contexto es el desmesurado acontecer el que demanda la correspondiente apropiación teórica de los instrumentos inmiscuidos en esta persecución de una política anterior para vislumbrar una política mediática de la técnica paranoica descontrolada. Es

por ello que referido a la Comunicación se esbozan esquemas técnicos, biológicos, matemáticos, etc., que dan cuenta de novedosos procesos funcionalistas en los aparatos técnicos, en los organismos y en las estructuras que controlan los codificadores, modelos, jerarquías que tendrán su correspondiente involución en los modelos mercantilistas de la respuesta de mercado, entretenimiento y estadística.

Es hasta avanzados los 60's y 70's que se empieza a levantar la voz despabilada por el periodismo global, que, permitido por la latente estructura tecnológica de guerra, se levanta en la teorización humanista que reivindicará la dicotomía recíproca de la visión técnica.

Si bien la comunicación ha sido tema en otros tiempos y desde otras trincheras, el nuevo itinerario planteado por el actual momento se desentiende de lo previo y se plantea, a partir de ciertos términos como algo nuevo, siendo que en lo fundamental se mantiene en tensión y en resistencia. Resistencia actual que no se desentraña y que permitirá el planteamiento de los verdaderos cambios de las implicaciones técnicas, políticas, sociales, etc, que ni las simples izquierdas o 'teorías críticas' pueden asumir.

A esto viene resaltar algunas de las características que otorgan cuerpo a los argumentos vertidos por el nuevo y joven campo de la Comunicación. La primera diferencia enmarca este problema a partir de lo que Antonio Pasquali ha diferenciado entre Comunicación e Información, la primera dialógica, y la segunda asimétrica, diferenciación básica que permite resaltar el problema donde la perspectiva "institucional" asume en el discurso de los medios electrónicos una "comunicación social" donde el sujeto queda superado por la articulación social del intercambio masivo de mensajes, del velo ideológico que en la comunicación es la adhesión a ese gran discurso que posa sobre el sujeto, sea moral, social, político, económico, musical. Por todos sus matices hablan por la comunicación, sean noticieros, comerciales, spots, "líderes de opinión" cuando no son más que imperativos de la línea editorial que representan. En la segunda hay una materialidad tecnológica de inherente unidireccionalidad y en la segunda dialogicidad, simetría, etc. apelando al reconocimiento en el otro.

Otros sin distinguir esta diferencia refieren la comunicación a campos tan distantes como electrónica, transportes, biología, humanidades etc.; estas visiones varían desde una relación interpersonal, la relación de una fuente con una indeterminada cantidad de receptores, polos opuestos de vías de transporte, así como a vínculos mecánicos, químicos o electrónicos, que no dejan de evidenciar la perspectiva particular, teleológica, y por qué no decir *pragmática* de un proceso de implicaciones más complejas en donde se juega el sentido de los fenómenos sociales, es decir, que justifica la racionalidad de dominio técnico en un espacio efímero (radio, teléfono, televisión), es decir dominio de la palabra en el espacio público. La justificación ideológica de la magnanimidad tecnológica como elemento “unificador”, obviamente, desde la fantasía.

2.2.- Deseo e interacción mediada simbólicamente

Vemos con Antonio Pasquali una *vuelta* a modo de recuperación, de la primacía cobrada por los medios, valía recargada en la mediatización que traslada a un punto dialógico; la contrastación de la estructura unívoca de los medios de difusión con los “simétrico” de la comunicación entiende en esta última una acción que “produce (y supone a la vez) una interacción biunívoca de tipo de con saber, lo cual sólo es posible cuando entre los dos polos de la estructura relacional rige una ley de bivalencia: todo transmisor puede ser receptor y todo receptor puede ser transmisor.”¹ De esta manera, continuando con Pasquali, la comunicación en cuanto capacidad simbólica del *zón logón* se establece como privativa de las relaciones *dialógicas interhumanas* en las que el vínculo fundamental con otro es una relación autorreferencial a partir de la “aceptación de la alteridad en la interlocución, y, por reflejo, de una conciencia de sí mismo. Sólo es auténtica comunicación la que se asienta en un esquema de **relaciones simétricas**, en una **paridad de condiciones** entre los actores y en la posibilidad de oír

¹ Pasquali, Antonio, “Comunicación y cultura de masas” 4ª ed., Edit. Monte Ávila, Venezuela 1977, p. 49.

uno a otro o prestarse oídos, como **mutua voluntad de entenderse**. Entendiendo en esta mutua voluntad la condición básica e insuprimible, de toda relación de comunicación, la **no-contradicción**.²

Si bien la comunicación se atiende como antagonismo de la información, podemos desde ya encontrar las particularidades de ambos casos que permite una variación fundamental en los procesos; la primero sin duda es relación directa, crítica, simétrica, dialógica pero la retomo en los términos de independencia previa y posterior a una estructura dada, en cambio, es en este proceder y a través del entendimiento que nos da el propio lenguaje, que el otro de la comunicación se encuentra representado para así poder dimensionar el carácter de la simbolización en la comunicación. Poniéndolo en los mismos términos encontramos que en esta representación previa y por la ‘voluntad de entenderse’ no es posible la **no-contradicción** si la misma comunicación se plantea iniciáticamente como una *contra-dicción* pues siempre el otro está ya representado como parte de otro.

Este intento de regresar a la comunicación resalta una primera diferenciación al dar por antagónicos dos procesos como la *información* y la *comunicación*, pero no por el desdén de la lógica medios-mercado ha de cercenarse la función de los medios para dejar ahí el planteamiento. Pasquali desestructura esta valoración excesiva en los medios para rescatar el carácter ético, antijerárquico de la comunicación al apelar al rescate del sustento olvidado en la teorización de la comunicación. Aduce al mismo tiempo que restringe la comunicación a seres “éticamente autónomos, capaces, sólo así, de comunicarse,” es decir, no como una comunicación que refiera en sí a un proceso sino algo que siempre ha estado ahí, partiendo de una interacción con fundamento en la interiorización de elementos objetivos semantizados, interiorizados por la lengua, en una ética previa y desdeña relegando a la Información, sino como planteamientos de esa parte inherente al proceso histórico inherente a las sociedades Latinoamericanas..

Es así que podemos leer a la teoría dialogicista de Pasquali como la primera resistencia que intenta restringir con una respuesta igual esquemática y estructural o cuasi desconstructivista que *romántica* (por la elevación sublime de lo dialógico a un

² Ibid., p. 15

ética de la palabra autónoma que si bien no es desdeñable, tampoco constituye en sí el núcleo crítico pues) prepara, en categorías opuestas, la resistencia para afrontar racionalmente eso mismo de lo que nace: la respuesta preestablecida que distingue en la elevación a la comunicación para regresar al segundo plano, por mediación de un orden ético, para dar lugar así a un sesgo racionalista revestido en el diálogo y una ética anterior en sociedades en plena transformación.

Para ampliar más este punto es necesario regresar al punto correspondiente en el apartado 1.2 *Lenguaje y negatividad* en el que queda plasmada una paradoja que se articula en función de dos puestas en común a partir de la aprehensión del lenguaje casi como algo dado, es decir, como un orden simbólico que articula los roles sociales o da como precedente las experiencias previas a fin de ofrecer como tentativa una respuesta interiorizada por la experiencia repetitiva que incitaría a la fantasía: la dicotomía del signo saussuriano se repite como defensa al carácter reivindicativo del lenguaje como proceso creativo que irrumpe, es decir como un replanteamiento de las situaciones en las que el sujeto encontraría una ruptura pues su dimensión de comunión y la exclusión se repite en este caso para dar lugar lo que bien sería la información como una estructura cerrada, alienada, unidireccional, asimétrica que representa en sí a la misma estructura aprehendida de la inclusión de un mundo que precede al sujeto, jugaría la posición de orden simbólico que estructura a partir de los elementos objetivos-técnicos de una sociedad mediática las posiciones ideológicas, fantásticas e informativas reproducidas por la lógica de sentido capitalista. Luego entonces la comunicación se da como oposición y resistencia a este orden por un orden alterno que se distiende en la dialogicidad como si esto fuera posible, como si la desaprehensión idealista de la palabra suspendiera una realidad que no solo es ficticia, así, la comunicación, como respuesta opuesta que plantea el reverso de las características anteriores: simetría, bidireccionalidad y diálogo en igualdad de condiciones desaprendidos de toda relación o jerarquía de poder... como si este reconocimiento fuera posible, como si el mismo reconocimiento no fuera al mismo tiempo diferencia que plantea las precariedades del sujeto con su mundo en diversidad de campos como el saber, la experiencia, las disposiciones o entendimiento que la vida previa le supone.

Ahora, si validamos la pretensión de entendimiento dialógico en pos de una postura ética ¿cómo es que podemos sostener esta misma ética si los puntos referenciales de los que partimos están anudados con la realidad explícita o implícita que nos embarga y que no deja de ser parte de nosotros? Tal vez el elemento oculto es esta misma comunicación pero con un vuelta más, revirtiendo el giro de Pasquali en tanto es una adecuación e inmersión en la apropiación subjetiva de un orden simbólico que se interioriza o encarna en esta misma interacción, en esta reflexión a partir del otro, pero esta reflexión es la estructuración y el afianzamiento de la ética en la palabra compartida de los representantes que vienen a *representar las representaciones* imaginarias del individuo, a crear así la estructura representante que da cabida a una vida social externa en lo interno para proponer y no exigir una ética que en su vacío excluye... es así como el sujeto en una cadena que lo incluye y lo imbuye otorga una realidad social que extiende su complejidad en tanto cabe la representación propia frente a lo Otro también propio.

2.3.- Comunicación y subjetivación de la estructura representante

De la anterior posición podríamos encontrar un avance en Habermas, en su teoría de la acción comunicativa, pues hay en su crítica de la razón funcionalista a través de sus formas de interacción mediadas gestual y simbólicamente un planteamiento que podríamos juzgar previo y posterior al *prestarse oídos en la toma de actitud del otro*, es decir, una referencialidad que da cabida en y por el encuentro con un otro.

Este reflejarse a partir de sí mismo en la figura del otro, en tanto Deseo, implica una ubicación *textual* de la corporeidad identificada en un mundo de referentes tautológicos compartidos por encarnados. La *interacción* visualizada en el encuentro identitario de los cuerpos, en la presencia y gestualidad inherente, dará cabida, por este primer reconocimiento al fundamento dinámico de la interacción gestual planteada por la supuesta “subjetivación de estructuras objetivas de sentido”, es decir a un planteamiento gestual imaginario (concreto) que vendría a ser representante de la *representación* susceptible en la palabra, en el tiempo, el devenir... en la consecuente *interacción mediada simbólicamente*, que da, por ello, paso a la *relación dialógica*.

La vida humana no está ligada exclusivamente a relatos simbólicos ligados a articulaciones contingentes de las “realidades” de los sujetos, ni a posiciones actitudinales que se refieren tautológicamente en la oposición de esta dualidad, dada igualmente en el lenguaje, en tanto inclusión y exclusión... etc., la interacción se materializa en el deseo y en el sentido o como bien dice Habermas: “Frente al aspecto de comportamiento, el sentido materializado en una acción social es algo no externo, y, sin embargo, en tanto que algo objetivado en expresiones simbólicas, ese sentido resulta públicamente accesible, no es algo meramente interno que acontece con los fenómenos de conciencia...”

En este tenor podemos decir que la comunicación tiene un sustento objetivo y teleológico en la expresión misma forma que no se dice que la comunicación está por delante de lo real o lo objetivo ¿de qué hablamos? De lo perceptible, en la susceptibilidad de otra sensibilidad no biológica, de lo vivido en función de su secuencialidad intrínseca al yo; del tiempo, de la memoria en función de lo representado. Sin embargo, la experiencia también nos indica que la susceptibilidad de lo aprendido, del saber y de los consecuentes vacíos y olvidos en lo que podemos caer como una ruptura en el discurso, los lapsus, la confrontación y el encuentro traumático de un suceso que se reviste con una suerte de incomunicación del sujeto consigo mismo, más específicamente la incomunicación del ello con el yo, la ruptura del diálogo interno frente, la supeditación de la voluntad frente a uno mismo o a un discurso que se anticipa como un imperativo cultural de aceptación y reconocimiento revalorado por sí mismo en una relación ficticia.

No es difícil encontrar que el mismo entorno cultural de un sujeto se opone a la satisfacción, se encuentra como un malestar, como una complejidad que contiene el mismo mundo privado que sostiene así el ser *sujeto* a un contexto político, económico, mediático, tecnológico en el que encontraría lugar la adecuación y realización de sus mismas pulsiones *comprometidas* con la demanda y el imperativo de realización o supervivencia en el medio cultural que le subyace en la misma salida del mundo privado.

Sea en oposición al medio cultural que la comunicación concretiza en el acto una delimitación de un discurso específico puesto en juego. Habermas en su liberación de la razón funcionalista apela el desdén de lo behaviorístico al retomar el “calling out the response in himself he calls out in another”, de Mead, como una toma de actitud (“taking the attitude of the other”), en la comunicación, en un sentido “dialógico de *respuesta*, cabe dar a la toma de actitud el sentido más exigente de una internalización de posturas de afirmación o negación de enunciados imperativos”³, es decir que la capacidad de identificar un otro semejante capaz de articular supone y presupone a la vez que ‘el gesto en el otro’ es el mismo gesto en el uno por algo más que una respuesta inmediata de gesticulación como respuesta; implica pues una referencialidad propia en la que uno es el gesto del otro por la misma respuesta que opera en la identificación e internalización en la delimitación de lo que viene siendo el uno mismo frente al otro.

Este primer vistazo remite a que la interacción comunicativa de Habermas constituye una “relación reflexiva que se produce cuando un sujeto se vuelve sobre sí mismo para convertirse en objeto de sí mismo...”. Contrario al postulado de Mead en que “el modelo de internalización quiere decir que el sujeto se reconoce en algo externo al trasladar a su interior y apropiarse de aquello que se le afrenta como objeto”⁴. Habermas defiende la relación reflexiva al mantener la subjetividad ajena a: una estructura externa que sería *apropiada* (cursivas en Habermas) para dar cabida a determinismos de estructuras objetivas sacadas de lo externo donde “el sí mismo (self) no se relaciona consigo al convertirse en objeto de sí, sino al reconocer en el objeto externo, ya se trate de esquema de acción o de esquema de relación, lo subjetivo extrañado.”⁵

Es así como Habermas da cabida a su propuesta teórica de la interacción comunicativa y el alter ego. Al dejar abierta la posición reflexiva que exime la estructura subjetiva de la estructura objetiva da lugar al campo infinito de la subjetividad donde

³ Habermas, Jürgen *Teoría de la acción comunicativa II, Crítica de la razón funcionalista*. 1ª ed. Editorial Taurus, México 2002, p. 23.

⁴ Ibid., p. 19

⁵ Idem.

Encontramos, en este sentido, un problema semejante al de la causalidad del yo en el ámbito del lenguaje planteado en la expectativa que genera los planteamientos de la mediación en la interacción de los sujetos, y de la comunicación. De esta manera si el lenguaje es el medio en el que nos referimos; si asumimos que es el espacio social donde se articulan relatos donde nos damos coordenadas (tanto como un poeta con su lengua) y esta interacción da lugar en la cultura en función o no de una justificación de lo que nos condiciona como sociedad; en función de las significaciones que nos creamos, sea que nos subyuguen o nos liberen, es siempre la proyección en la apropiación de los roles sociales la que se da lugar, por los lugares de la fantasía, en el sujeto que ha de plantearse a sí como prospecto subjetivo. Es esta escisión de la potencialidad referenciada en el imaginario la que encuentra en el lenguaje pequeñas vueltas reflexivas que operarían la apropiación de la escisión moral al llevar dos esferas morales consecuentemente contradictorias (lo privado y lo público) y que la comunicación tratará siempre de suturar al jugarse en la rearticulación de los espacios jugados en que se da el proceso comunicativo.

Potencialmente se encuentra en la comunicación la posibilidad de la resignificación para regresar, a través de ella, a las acciones en que se establecerán nuevos *lugares* en los mismos *lugares*, es decir, reificar al sujeto en procesos donde la transformación de lo dado, en la construcción particular de la subjetividad, la conjunción de la relación con lo *objetivo* que permite ya no sólo un replanteamiento que deviene meramente en otros discursos; es decir, que hay que desdeñar la visión tecnológico-hegemónica, donde la pretensión altruista o ilustrada de la *fente emisora* corresponde a la construcción social o subjetiva por las mediaciones simbólicas emanadas. En lo social de los medios encontramos un referente que proviene, por así decirlo, de algo externo a un proceso dialógico, propiamente hablando. Sería la apuesta por la subjetividad en la comunicación algo más cercano al anudamiento del Deseo en el acto y en la palabra por el regreso de lo propio hacia lo social.

Habermas encuentra la referencialidad en el otro y el punto subjetivo que emerge como Alter y Ego en el acto comunicativo. En la identificación “consciente” de los gestos por la *toma de actitud del otro* un *primer organismo* “aparece ahora como un objeto social que ya no se limita a reaccionar adaptativamente al gesto de uno, sino que

con su reacción comportamental da expresión a una interpretación de ese gesto. (...) El primer organismo se relaciona ahora con el otro como con un destinatario que interpreta de una determinada forma el gesto que se le hace; y esto significa que de aquí en adelante se hará con **intención comunicativa**. Si suponemos, además, que lo dicho vale también para el segundo organismo, tenemos una situación en que el mecanismo de la internalización de la actitud del otro puede volver a operar, haciéndolo ahora sobre la actitud en que ambos organismos ya no hacen sus gestos *intentione recta*, como comportamiento adaptativo, sino que se están dirigiendo el *uno al otro*. Y en cuanto internalizan esta actitud de *dirigirse al otro* que ven en el otro, y la adoptan también frente a sí mismos, aprenden los papeles comunicativos de oyente y hablante: se comportan entre sí como un *ego* que da a entender algo a un *alter ego*.⁶

Resulta más que obsoleto y entristecedor pensar los elementos de la comunicación en un emisor-mensaje-receptor, donde ineludiblemente la historia de los procesos está presente, y ver que comunicar y comprender establecen por el lenguaje una relación tautológica. Y lo mismo para la comunicación: “comprender” al otro por la comprensión del “origen del acto comunicativo” no es precisamente la atención de su articulación como tal, sino comprender el origen de ese yo que habla y se revela frente a otro, y a sí mismo en y por *esta* palabra.

Visto hasta aquí el acto de comunicación contiene, en Habermas, este proceso donde hay una reubicación comunicativa de lo que en primera instancia rescatamos por el lenguaje. ¿No es esta vuelta un atolladero que intenta así revalorar en la comunicación el mismo punto de emergencia de la subjetividad, pero revalorizado en la fantasía bajo el contexto de estas sociedades mediatizadas, la historicidad dictaminará cíclicamente los instrumentos de valía fetichizada en que se reflejará el sujeto confundiendo eternamente el espejo con la imagen?

No podemos adjudicar plenamente tal complejidad a una realidad concreta comunicativa por una estructura que opere en el repaso consciente de estos términos de

⁶ Ibid., p. 25

la nombrada autoconsciencia, en los hechos la estructura no se advierte, ni se acota, ni se sigue sino que genera multiplicidad de posibilidades según las mismas realidades subjetivas en que se plantea en un orden dado, es decir, que no podemos exaltar un proceso que en sí mismo contiene lo que denuncia, caer en la idealización del proceso comunicativo cierra el camino de la misma reflexividad que puede operar a la distancia temporal del mismo acto. Para ampliar y superar este punto cabe apuntar el juego de la fantasía en la estructura comunicativa cómo a bien lo fue el amor Cortés en su momento y sus correspondientes implicaciones y actualidades por su **apariencia** inherente en el sujeto. (capítulo 3)

Sin embargo este teorizar en la comunicación articula una *estructura representante* de este *proceso* del lenguaje y del Deseo, se encuentra, mediante la confrontación, la referencialidad y la potencialidad simbólica de lo sensible a partir de este encuentro, sin embargo, dicho encuentro no se puede avizorar sencillo pues en sí mismo es mediado por la negatividad del lenguaje y su complejidad en tanto *espejo* y *mirada*, en el carácter reflexivo resultante de la interacción entre *Alter* y *Ego*. Este proceso que bien puede ser la experiencia del afianzamiento de la subjetividad es, en su estructura relacional, la pauta para la elucidación de cada acto aun más allá de su inmediatez dialógica, pero a partir del carácter crítico que incluya, así, una distancia que resista los procesos ideológicos contenidos en la mediación simbólica en el devenir social de los medios y las democracias. (capítulo 4)

Vemos pues en esta distancia una doble abstracción que sostiene la misma dialéctica del deseo kojéviano y hace del vacío del deseo una realidad material que en sí misma no se aparece objetivo sino a través del sentido de las representaciones a través del lenguaje. Damos cuenta de esta aparente realidad biológica en el sujeto y en la objetividad referida por la interacción comunicativa; es siempre lo simbólico una articulación de sentido previo, inherente al sujeto que en el proceso comunicativo da lugar a un punto subjetivo; punto que no es más que una representación que converge implícitamente y revela así la constante lucha por el reconocimiento como un intento constante por llenar este *vacío*, organizado muchas veces alrededor de las miras teleológicas. En este sentido hemos de complementar así la propuesta de Pasquali pues es la lucha en la construcción de este punto subjetivo la que da lugar a pensar que la

diferencia entre la comunicación y la información no es una diferencia de estructuras sino una lucha subjetiva que no ha de apuntar la unidireccionalidad en una y la bidireccionalidad en la otra; o monólogo en la primera y diálogo en la segunda... etc., sino la construcción de la interacción simbólica como la representación de las estructuras sociales en que ha de jugarse la subjetividad que se cuestiona.

Sea pues, que la lectura de la comunicación requiere de un espacio reflexivo que opera en función de ella misma como una superación de los elementos referenciales representados, como una revuelta de los sujetos de la interacción comunicativa para asumir el regreso de la relación del sujeto con su propio discurso y a partir de esta posición advenir en la realización subjetiva.

Tercera Parte

Amor cortés como desubjetivación

Por qué analizar el amor cortés en esta tesis si es un tema, aparentemente, de difícil justificación. No se vislumbran a este punto relaciones, ni encuentra por sí mismo nexos que expliciten los términos directos con una problemática *amorosa* articulada como corriente literaria, como normas de etiqueta, formas sociales, reglas o roles donde las correspondientes narrativas se propagarían en la dirección de este trabajo. Por supuesto hay una vasta e inherente vaguedad o punto de especificidad que se articula a la distancia en los términos hasta ahora planteados.

Del amor cortés no se podrá decir mucho ni extender explicaciones que otros han tratado, a cambio, pediré ciertas concesiones al entendimiento que supone este tema (vasto en extensiones) con el fin de acentuar la argumentación de puntos primordiales que, al mismo tiempo, serán complemento en este trabajo.

Como vemos en el capítulo anterior hay en las teorías de la comunicación, en su pretensión dialógica un tratamiento peculiar de la comunicación que apela a una recursividad de los procesos de autoconsciencia llevado en el sentido de vislumbrar un ‘emerger subjetivo’ en que por el teorizar mismo de la comunicación se hace de este campo de estudio uno de los puntos de partida y abordaje para procesos culturales propios de nuestra época, nuestra carrera... de nuestro proceder en la teorización.

El punto a alumbrar, por el que da cabida un sesgo en la idealización de la comunicación (como campo mismo), es el ámbito en que la subjetivación y la posición del sujeto están en juego en contraste con lo acaecido en la esfera amorosa que, sobra decir, por tácito, es igual de menesteroso que el tecnológico, imperioso y exaltado campo comunicativo.

3.1 La desubjetivación en la idealización

El amor cortés ha sido objeto de un abordaje crítico, para esclarecer problemas actuales por parte de algunos de los interesados en el tema, en la posibilidad de estos dichos, en coincidencia con autores como Rougemont, Lacan o Žižek, que el amor cortés *mantiene* vigencia en la actualidad. Algo de las formas amatorias en cuestión operan en el suceder de las relaciones entre los sexos. Este dejo versátil con sus mieles vuelve soso no solo el proceder particular, también el entendimiento en general.

Esta experiencia de ‘amor’ que se registra en las cortes reales encuentra un empuje sublime que permite el contexto imaginario de su época a través de la vida cultural de los nobles de la Europa del siglo XI, XII y XIII. El amor cortesano evidencia la complicidad de las directrices hegemónicas de su momento histórico. No por ello este entramado de representaciones mantiene disonancia con ciertos procesos tratados en el presente trabajo.

Las relaciones feudales en la problemática del amor se vieron fusionadas o radicalizadas: la amada se convirtió en el “señor” y el amante se proclama su vasallo, como forma *inversa* y aparentemente resolutive de los problemas materiales, de la relación de pertenencia y pacto económico que suponía la norma social en ese tiempo (todo un discurso de herencias, linajes, política y acuerdos terrenales a que los sujetos se supeditaban) y que las partes contractuales arrastraban consigo a lo largo de su vida. Así el amor cortés intenta subvertir esta carga cultural en una *diferente* apropiación de la misma terminología ‘política’ por una poética. (Tratado del amor cortés, 1473)

De entre las condiciones y características, que se dan en esta ‘articulada forma amatoria’ se encuentran ligazones que dirigen la atención a una *distancia* que se establece con la dama; distancia que no es más que una barrera de dimensiones primordiales para este trabajo. Vemos que hay *barreras* sutiles que se aparecen como las formas sociales del

enamoramiento: un cortejo furtivo pero desmedido, miradas, cortesías sobrevaloradas, peticiones secretas, órdenes, sacrificios, ruegos, concesiones, poemas suplicantes enaltecedores o fatalistas que realzan la condición de imposibilidad, de consumación de aquel amor distante, sublime y ambiguamente gozoso que encarna el amor cortés: “Lo que exalta es el amor fuera del matrimonio, pues el matrimonio significa solo la unión de los cuerpos, mientras que el «Amor», que es el Eros supremo, es el impulso del alma hacia la unión luminosa, más allá de todo amor posible en esta vida. Por eso el Amor supone la castidad.”¹

En mucho estas leyes amatorias se dan sobre una base de relaciones jurídicas: “A la dama se le llama señor; el amante se proclama su vasallo. Ella goza de una exaltada y sublime posición, revestida de poder y autoridad extraordinarios, que guarda y dispensa a su antojo los favores de su aprobación, de su amor, de sus consuelos”². Dentro de esta lógica una de las constantes es el sustento de dicho amor en la negativa a que una pasión tal desemboque en la entera posesión de la dama, así, los roles del amante para conquistar a la dama apelan a una condición de inaccesibilidad (real o simbólica) que eleva sublime la consideración hacia la dama.

Estos roles hasta se distinguían en tres etapas denominadas *grados de servicio*: pretendiente, suplicante y aceptado. El servicio del amante manifestaba un período de timidez en que el amante contemplaba el rostro y el cuerpo de la amada, insinuando de esta forma, su incursión en ansiosa espera de que ella le otorgase una señal. En el proceder él adopta una actitud abiertamente suplicante; entonces, el intercambio de signos, poemas y entrevistas se vuelve, por contención y expectativa promovida, un ritual intenso.

Aceptado el papel de suplicante, la dama lo besaba y lo premiaba con prendas personales de vestir o incluso con dinero. No es difícil advertir que la etiqueta y cortesía es, en esta forma, una puesta en escena donde no había más que exacerbar en la figura

¹ Rougemont, Denise de, *El amor y occidente*, 8ª ed., editorial Kairós, Barcelona 2002, p. 77-78.

² Capellán, Andrés el, *Tratado del amor cortés*, 1ª ed, editorial Porrúa, México 1992, p. XIII

idealizada el papel a desempeñar y apreciar, para enarbolar digno monumento al sentimiento de imposibilidad (que ya otros denunciarían como la creencia en el juego social de las ficciones).

Incluso se llegan a nombrar dos vertientes: el “amor puro”, y “amor mixto”, en el primero se refiere a la pureza de espíritu y sentimientos del alma, en el primero se excluye el contacto y la satisfacción corporal; el segundo incluye dicho contacto físico, los placeres de la carne y se considera, también, ‘amor verdadero’ aunque de menor grado y siempre expuesto a la pérdida de la pasión por no poder recibir el reconocimiento en lo social.

En esta categoría de *consumación* del goce sexual, la desarticulación de la ficción social, jerárquica, del desvanecimiento de la imposibilidad que sostienen las barreras del cortejo y las formas suplicantes se distienden y dan fin a la etapa enamorada para pasar a la etapa de peticiones (a veces caprichosas a veces azarosas o descabelladas) carentes de la intensidad de la contención de la pasión, del punto que sostiene la idealización.

Es aquí donde se descubre con más detalle la importancia de los obstáculos, condicionantes y condición de inaccesibilidad en la unión por factores como la edad, el estado civil, la religión, la clase social, la distancia... entre otros. La dificultad alimenta la pertenencia, el apego y el ostentar el sufrimiento que sostiene el status de ‘amor negado’ en la pareja, se alienta la fatuidad y la ficción se convierte en la fuerza que impulsa la pasividad a que están condenados; pues es la estructura relacional a que ellos mismos se sujetan.

El amor que promulgan se convierte en la interiorización (o reforzamiento de las relaciones de poder que les imbuye y constituye su mundo) de una negación percibida que les embarga ¿pero cuál esta negación ‘somatizada’ en la relación amorosa? ¿Qué es lo que intenta denunciar u ocultar con esta imposibilidad apasionada? ¿qué adversidades se interponen en el sujeto mismo... en un sujeto ‘sujetado’ a lo económico, político, social-cultural? el acto mismo del amor... *cortés*

En este sentido la vigencia del amor cortés en nuestra época se juega en similitud de cercanía con estructuras que hacen de las figuras amorosas algo exaltado o carente de este nivel por la oposición terrestre de la simplicidad del encuentro entre los cuerpos. Como apunta Zizek, ahora, se establece una relación (en oposición al amor cortés) donde la frialdad de la representación de la dama se juega en la permisividad y el apego contractual a formas amorosas a modo de “un rapidín”, o noches de juerga que acaban con un par de desconocidos en el lecho.

Aún estos efímeros desencuentros encuentran en sí un apego a los preceptos jurídicos de “libertad” del orden actual donde cada uno ya es libre de hacer cuanto apetezca. En estos mismos actos se encuentra el sobreentendimiento de la época en que el desapego entre las personas se juega en todo terreno y todo se mueve en obturar un reconocimiento subjetivo a cambio de ponerlo en términos del bien “ligar o cazar o ser cazado”. Aun estos amantes express siguen una línea de cortejo apegado a roles, estereotipos o fetiches que identifican claramente la posición que jugarán en el contrato en turno. No es alejado para nosotros observar que las frases prefabricadas intercambiadas crean y sostienen por sí un interés fatuo donde ambos se hacen creer que son sinceros y que al mismo tiempo no se creen nada pues es evidente en los dos que el desencuentro próximo ya se dio apenas cruzaron miradas; ambos saben el carácter expedito del imperativo de las noches de juerga y dejan en la apuesta una fachada, palabras sosas y sonrisas excitadas que no *costará* haber perdido. Cercana libertad parecida a la de mercado donde la volatilidad del capital especulativo (ayudado por las políticas de organismos financieros internacionales como el FMI y el Banco Mundial) establece leyes laborales exentas de todo compromiso social con los casi extintos Estados-Nación, con sosos compromisos contractuales, frágiles relaciones que desaparecen junto con las fábricas de un día a otro.

Ejemplos como este podríamos desarrollar otros más pero no es parte de los objetivos de esta tesis ni cosa fácil de comprobar si no por similitud y no por eso estas narrativas dejan de ser adyacentes al problema central que se pretende plantear.

En estas condiciones mejor se articula la *desubjetivación* que en los mismos gestos opera: la *puesta en escena* o *puesta en común* para jugarse en el preferente orden simbólico, darse referencialidad (en la intensidad que el amor en la experiencia personal implica) como Dama: espejo sublime que posibilita la proyección narcisista que negará el enfrentamiento y distenderá la falsa apuesta... sería pues, como se vio en el punto 1.1, la (a)puesta en escena de lo correspondiente al espacio *común* (constitutivo de la interiorización de la lengua y sus categorías, pero ahora en terreno amoroso o con revestimientos singularizados en cada esfera en que se desenvuelven los sujetos). Vienen, por consecuencia, las fantasías que han de ofuscar la negatividad-negatriz en las *sublimes* fantasías *representantes* que sostienen lo *insostenible* de cada momento histórico; bien puede ser la opción el amor en la complicidad de los tiempos o una pantalla mediática y “democrática” que refleja el enfrentamiento de la proyección del *Deseo* en la realidad, el ideal narcisista exteriorizado, en el aparente carácter resolutivo de la alternancia democrática y la “elección popular”... para, así, aprehender en el ideal como desubjetivante en una primera negación del sujeto: en las imposibilidades de cada época antes que reconocerse y enfrentarse a la construcción de su espacio.

3.2.- ‘La Mujer’ como ‘la Cosa’

Para acercar esta comparación es menester deslindar estos términos de época con la causalidad de los procesos implicados, pues es este caso lo que nos compete. Hasta cierto punto son las teorías de la comunicación o la comunicación en el acontecer de la subjetividad y de propuestas de lectura y acción en nuestra sociedad, las que nos competen en este trabajo.

Vemos que la desubjetivación es la adecuación o enajenación en los discursos sociales, en la imagen del Otro, articulada en el imaginario, encuentra una carga cultural

(que de antemano define lo ‘dicho’ -orden social-), sobre el entendimiento de las relaciones, los parámetros socioculturales en que estas se desenvuelven, en los roles, estereotipos, arquetipos, etc., que en el interactuar de los sexos por la división de las actividades... Esta pasividad ante la cultura no deja de ser una posición del sujeto con ese ser difícil que es el lenguaje y su inserción en el orden simbólico imperante; la resistencia repetitiva en miras a la desobjetivación puede traducirse, en realidad, como una intraducibilidad de esta escisión que marca el lenguaje con la irrupción de lo propio en la superación de estas estructuras simbólicas, discursivas enmarcadas en campos ‘privados’ y ‘públicos’.

La reducción de la relación del sujeto con el lenguaje, en la enajenación de *su voz*, cede a un discurso dado y opera una resistencia parcial en la adjudicación de un discurso en la fantasía, es decir, cuando el sujeto es incapaz de traducir esta dificultad de asumir y sostener un discurso propio se sostiene, por las creencias, por los rituales o por la cientificidad, de las estructuras sociales que necesariamente ya han hablado por él y que mantienen por esta incursión una ficción sustitutiva que delimita y suspende la realidad del sujeto. Esto es precisamente lo que sostiene la intraducibilidad de diferentes esferas en las que el sujeto contemporáneo se tiene que dividir para complementar el orden sin saber que esta división es necesaria (así como irreconciliable) pero se da en ella una construcción subjetiva que puede ser creativa, propia y subversiva.

Por tanto lo que se propone **no** es la unificación de las esferas de vida a una pretendida unidad (igual fantástica) glorificadora de una vida integral de los sujetos pues es la misma historia quien se ha encargado de desmentir estas posiciones que, por el contrario, denuncian y pone en franca evidencia el punto que dispara la ‘utopía fantástica’ del olvido: renuncia, revolución o destrucción (ermitaños, aristócratas elitistas, comunistas, hippies o nazis) es más bien la respuesta orillada que sostiene por sus oposiciones en las derrotas sociales que sufre el hombre por el hombre mismo y todo su aparato cultural... como igual resulta el amor cortés en la pretensión de renegar de su orden feudal en un amor exaltado en la Dama-Amo-Señor.

En el caso del amor cortés vemos como el entramado social, moral, económico y político es (en su opuesto recíproco) la clara articulación en que el sujeto cree rescatará para tener así una idealización por la cual luchar cuando es la misma evidencia trágica de su imposibilidad de realización en la esfera social: no hay posición que salve al héroe, al superhéroe, al martir, a la víctima, al dictador, al purista, al revolucionario carismático, al popstar, rockstar, deportista... bueno pues, ni empleado del mes que sostenga o articule la realidad enamorándose de la empleada del mes. Este tipo de amor es la prueba patente de formar solo un elemento más de la coreografía en que el más alejado de su propio discurso es el que más se adapta y sobresale en el orden simbólico que sostiene; siempre y cuando, ficcional.

Es pues la cotidianidad, la cultura en su continuidad constante y aburrida la que nadie quiere ver, el imaginario en sus referentes arraigados y despreciables, sucios, vulgares, penosos, trabajosos, incómodos, desmitificadores, abruptos, sorprendivos, espinosos o aquellos que estar ya interiorizados en la vida social causan una culpa en lo social: los que son desdeñados. Precisamente, de este retiro de la *mirada*, es de donde sacan el material social para olvidarse en las ya mencionadas formas de excitación ficticia.

En este sentido, la compleja realidad es inaprensible (los medios electrónicos en su vastedad operan justo en sentido contrario), es en sí misma imposible de atender, *este juego de la oposición del entendimiento social se encierra en la esfera de la sexualidad como un juego de poder político donde los planteamientos de un mundo subjetivo, se reduce a un código amoroso ciego-desentendido por la sublime condensación más extendida de su intimidad "entregada"*. Así, este tipo de amor, cómo el lenguaje (véase el punto 1.2 o la cita 9 del primer capítulo), se vuelve una reducción poco inteligente de la realidad.

Una de las peculiaridades que eventualmente podemos encontrar en la relación amorosa es esa particularidad de "sobrevalorar los minúsculos detalles marginales, por los que una mujer o un hombre se distinguen de los demás", particularmente estos detalles son

los que hacen consistente la figura en la relación con el otro amado, lo que sostiene la apreciación y el objeto apreciado. Esta voltereta da lugar a que pueda ser uno el que sostiene en su discurso al otro por la apropiación del lenguaje o cuerpo del otro (cómo bien los interactuantes pueden defender un discurso institucional por absurdo que parezca)... es precisamente este punto en el que el amor cortés construye, el amor cortés pretende que las formas sociales fetichizadas y sostenidas por el orden jerárquico, valorativo, sea, en su proceder rituales, morales o económicos, una forma amatoria con traslaciones bien definidas, repeticiones de una misma problemática: una *otredad traumática (das Ding)* que es, al igual que el lenguaje, una relación con uno mismo.

El un momento lógico anterior a este o la causalidad de dicho proceso *amoroso* lo articula la postura psicoanalítica retomada por Slavoj Zizek en torno a la mujer como ‘la Cosa’ (término freudiano tomado a su vez de la filosofía). Para Zizek “la dama (en el amor cortés) esta, pues, lo más lejos posible de toda espiritualidad purificada: funciona como una pareja inhumana en el sentido de una Otredad radical que es completamente inconmensurable para nuestros deseos y necesidades.” (Metástasis del goce, p137) En Lacan: “Nunca la dama es calificada por sus virtudes reales y concretas, por su sabiduría, su prudencia o siquiera su pertinencia. Si es calificada de sabia, sólo lo es en la medida que participa de una sabiduría inmaterial, en tanto que, más que ejercer sus funciones, las representa. En cambio, en las exigencias de la prueba que impone a su sirviente es lo más arbitraria posible.”³

“La Dama es el otro que no es nuestro semejante, es decir [en cualquiera de sus características enunciadas], es alguien con el cual ninguna relación de empatía es posible [por obvias razones]. (Zizek, Metástasis del goce, p.137)

Así, pues, la elevación sublime de la dama no deja de tener siempre expuesto su carácter ficticio en el que no hay cabida para la palabra femenina pues la misma voz

³ Lacan, Jacques, *El Seminario: Libro 7: La ética del psicoanálisis*, 1ª ed. 8ª reimpresión, Paidós Buenos Aires, 2003, p.

masculina ha sido ya obnubilada por el carácter fantástico e ideológico de su orden, ambos discursos han sido captados en su fascinación estructural en el juego de roles, posiciones, narrativas y actos consecuentes con el entendimiento que han otorgado al orden social en sí mismos y viceversa.

Es un mismo carácter resaltado el papel de objeto sublime y el de ‘espejo’, que funciona como superficie y proyecta el ideal narcisista en función del enfrentamiento que en el sujeto esa misma realidad inescrutable demanda ser representada. Es decir, en este proceso hay necesariamente un pacto en la ficción donde ambas partes contractuales aceptan seguir los roles de un fantasma, no solo en la relación amorosa o por su pacto inmerso en una realidad social representada e interiorizada, es, necesariamente, una relación no-amorosa donde el predominio de las representaciones y el universo axiológico del acto es esquemáticamente *masculino*.

Esta coincidencia de la Dama, con la Cosa en tanto ‘Otreidad absoluta e inescrutable’ es la que dispara el sentimiento sublime y es semejante a la relación difícil del sujeto del lenguaje. La otreidad inaprensible de la realidad no puede ser más que una representación articulada en términos de palabras aisladas o de imágenes que no pueden más que ser un simple referente de esa realidad que *no es* sino a partir de la realidad biológica de un sujeto inserto en la palabra, reconocido por *otro* Deseo. Y así el juego por el reconocimiento del deseo en ambas partes es una lucha constante por reconocer el eterno punto subjetivo del que se parte, por reconocer que las representaciones amorosas, aun en las complicidades que sostiene son un continente implícito del sujeto en cuestión.

3.3.- ‘Subjetivización’: la sexualidad como juego del poder político.

Es así que este enfrentamiento con la dama en el amor cortés adquiere dimensiones mayores que una simple mirada de un orden social que devora sujetos en pos de una representación histórica y perfectamente adecuada a las patologías de temporada, es por el

contrario la respuesta y asimiento del *sujeto del discurso* el mantenerse en los referentes de su actualidad pero con la disyuntiva de estarlo en una posición vencida, cómoda, pactada, conciliadora, pasiva y desaprendida de las implicaciones de su realidad subjetiva, siempre desentendida de su época y representaciones.

Es en la evidencia de la operación que esta relación amorosa implica que podemos dar entendimiento a la idealización de la Dama y la correspondiente inserción en la fantasía articulada por el orden simbólico; la elevación sublime del ideal espiritual, de la exaltación cortés, sucede como un proceso secundario, como la resultante de la evasión por el reconocimiento del deseo a que apela el deseo de las subjetividades en cuestión.

Sin embargo surgen aquí un par de puntos a dilucidar y que dan la pauta para apuntar el nudo en que converge la disposición del vacío hacia la figura sublime de la dama, del ensimismamiento necesariamente narcisista que opera a partir de las fantasías sociales, de los roles y plus valores que proceden en la apropiación fetichista de los símbolos, de las jerarquías, de las estructuras sociales que sitúan tácitamente la perspectiva de la fantasía que de nublar o extender la suspensión de la subjetivación o distensión en el enfrentamiento con el Otro deseo para articular y sostener el Deseo propio.

La identidad representada en el Amor Cortés debe ser planteada como una máscara que se disuelve en lo subjetivo y en lo social para entregarse al juego del “como si”, de la contractualidad social, de la ficción psicológica. No hay que perder de vista que en esta fusión de lo amoroso y lo social, de lo cortés, se disuelven las esferas de lo privado y de lo público, de lo político, etc. en un mismo espacio perspectivo, donde la relatividad evidencia el dilema ideológico en el que la “privacidad [se aparece, en espejismo] como la isla de la autenticidad, exenta del juego del poder político contra la sexualidad como otro dominio de la actividad política” (Zizek, el acoso de las fantasías).

Es por ello que la sexualidad y la propia constitución subjetiva como un sistema abierto, singular, se propone susceptible de modificación en la interacción que supone y

establece el sujeto en/con su mundo, en sus diferentes esferas, con su momento histórico. De aquí la resistencia ineludible de pensar una subjetividad que resiste a su tiempo, por eso la oposición de las esferas de lo individual y lo social no tiene distinción precisa en el amor cortés, simplemente no tiene cabida.

En otro tenor, a modo propositivo, Freud apunta que “La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo...En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo”⁴

De la misma forma que el amor cortés es sostenido por la incursión referencial de los “requisitos” sociales y que en estos tiene una participación directa el soslayar la causalidad y suspender la realidad de la desobjetivación inherente... ¿no es la misma representación interiorizada de las esferas de vida pudientes y jerarquizadas, la misma apropiación de los representantes de la coyuntura histórica específica del amor cortés, del orden social fetichizado en los títulos nobiliarios? ¿no es el mismo motor ilusorio el mismo que se apropia de cualquier cuadro valorativo de objetos, roles, posiciones, procesos o de cierta lógica economicista en de la prefiguración de las relaciones y la elección de la pareja? ¿no es la estructura de la sociedad pudiente de la época la que estructura y empuja esta misma salida viciada que ha sido recordada como el elemento romántico perdido de la sociedad actual decadente? No ha sido difícil notar que la operación del amor cortés sigue operando en la desobjetivación de nuestro momento; que ciertas estructuras obedecen al mismo problema que implica a un sujeto y a su discurso. Hoy la permisividad y el afianzamiento de la socialización en estereotipos mediáticos revive matices, vía la desobjetivación, que son el objeto de este trabajo.

⁴ *Psicología de las masas y análisis del yo, Tomo VII Obras completas*, Sigmund Freud, ed. Amorrortu

En aquella época el amor cortés podía leerse como una reacción contra el *imperio* de las costumbres feudales. Se sabe que el matrimonio, en el siglo XII, se había convertido para los señores en una pura y simple ocasión de enriquecerse y anexionarse tierras dadas en dote o esperadas en herencia. Cuando el negocio resultaba mal, se repudiaba a la mujer. El pretexto del incesto, curiosamente explotado, dejaba a la iglesia sin defensa: era suficiente alegar sin demasiadas pruebas un parentesco en cuarto grado para obtener la anulación por el fracaso del vínculo. A tales abusos generadores de querellas interminables y de guerras, el amor cortés opone una fidelidad independiente del matrimonio legal, fundamentada solo en el amor. Los que nos dejan testimonio declaran que el amor y el matrimonio no son compatibles...

En este entramado de luchas con el poder establecido no deja de verse el juego político que hay de fondo como origen, empuje y jaloneo constante entre la fuerza demandante de lo económico, político y eclesial. Es bien sabido que la iglesia superaba su simple espectro de congregación espiritual, no resulta difícil partir de la hipótesis de una sexuación política determinada, que implica para el individuo formas de ‘interiorización’ de las estructuras en pugna... de la ‘interiorización’ y/o intimidad que no deja de ser exterioridad.

Vemos pues que el juego de los roles como disposición de los cuerpos en ‘matrimonio económico’ no es más que la prueba patente de una subjetividad ficcional que oculta su cara contractual para otorgarle el opuesto exacto de la fidelidad fantasiosa del amor cortés, la entrega imposible que obnubila los contratos anteriores que rigen y sostienen el orden social: el apego material al orden simbólico y al orden enamorado de la fidelidad imposible, fantasía de la totalidad inexistente.

Se hace cada vez más evidente que el amor cortés es la fachada perfecta que opera como *catalizador* del status social y la elevación sublime de la Dama o del amor. La Dama elevada a dimensión de ‘das Ding’, bajo el sello contractual que opera en el contexto social,

político, económico, no es más que el apego a la “sinceridad puramente material” del orden imperante, para poder así nublar la brecha del Deseo, del enfrentamiento de las subjetividades que pugnan consigo mismos por el reconocimiento del otro para poder así dar cuenta del punto subjetivo que convoca.

Tampoco se ha de extrañar que se avizore un ‘juego político’ de las leyes incestuosas frente a la iglesia; pues el dominio obsceno de la propia ley que subyuga no puede ser más que otro burdo juego *representante* de apuestas interminables donde el riesgo de jugar el capital político es la forma de vivir e intensificar la presencia del propio cuerpo.

Es frente a estas aprehensiones de la vida social de una época que podemos advertir la verdadera anatomía en que los discursos se juegan, no desde el decir, ni el sostener sino en el reproducir la estructuras como si tales estuvieran afianzadas en el pacto que evita sostener el discurso propio. Tratando de otorgar un poco de concesión a este proceso, que finalmente sí fue, se puede extraer que el sostener la realidad a través de la proyección narcisista, como referencialidad de un sujeto frente a sus fantasmas, otorga el estatus que eleva el simbolismo del Ego frente a un Alter fetichizado, es decir, que esta compleja problemática social donde la partida de la experiencia amorosa, personal, peculiar es vivida como una esfera aparte de lo social (donde sus vínculos son cercanos), en lo explícito de los contenidos y las peculiaridades no hay relación aparente que sostenga con facilidad esta hipótesis, sin embargo a partir de los procesos aquí referidos.

No podemos negar cierta similitud de la subjetivación, por la interiorización autoconsciente de la realidad histórica del momento, en la relación de la experiencia cortés del caballero con su dama, dadas ciertas estructuras representantes, con la relación de espejo y alteridad que se juega en el mismo proceso comunicativo. Es decir, tanto en la comunicación dialógica como en el amor cortés no deja de haber cierta referencialidad de la que los sujetos no pueden estar exentos. La experiencia amorosa encuentra este primer enfrentamiento comunicativo-crítico que daría lugar a la misma renuncia de los roles

adoptados por la jerarquía simbólica que representa la vida social de su contexto, puesto que en lo social siempre se *es* algo, por tanto la superación de estas estructuras, que vienen a ser las representaciones del sujeto mismo en su interacción con el mundo son las que se ponen en juego en esta *puesta* de lo representado, en la *apuesta* de la experiencia amorosa o de la interacción comunicativa.

Por tanto no puede haber una salida exitosa tanto en el amor sexual, como ámbito de realización de la subjetividad o de la realización existencial auténtica, no la realización consciente de las estructuras representadas a partir del enfrentamiento comunicativo en que *alter* acabará siendo siempre un Alter-Ego, sino en la consecución que siempre implicará el jugarse en el lenguaje, como juego ineludible del Deseo... del presente; en la extensión de la vida que, en si misma y fuera de ella, se juega.

Cuarta Parte

Medios de difusión

Ya hemos logrado plasmar una problemática fundamental en el lenguaje, en la comunicación y el amor cortés en una suerte de confrontación en lo subjetivo, que nos *resiste en el Otro*, problemática que se cierne, también, sobre lo que nos representamos en *lo social* y en lo particular de los medios electrónicos.

En lo que nos compete es ineludible notar que esta preocupación se tiende, casi obsesivamente, sobre unos medios de difusión teorizados en modelos hasta llegar a la inescrutable complejidad imposible del suceder de lo social. Dicha complejidad obedece a lo insondable y evidente, a lo manifiesto y latente, a las contradicciones de la cultura como medio de vida y malestar, a eso humano que se cierne sobre la atención pormenorizada de todo punto relativizado en el que cabe la posición fantástica; se revierte esa *resistencia en el otro* antes que la confrontación en el reconocimiento subjetivo.

4.1.- Mediación, desubjetivación e imposibilidad.

Vertimos en el primer capítulo la exposición de cierta *paradoja* del lenguaje que oculta el carácter de vacío y que este se avizora posterior al velo de lo *puesto en común*. A partir de esta escisión; de la comunión y la exclusión, en el lenguaje; de la ‘paradoja’ de la relación comunicativa de reconocimiento (discretamente exaltado) en la comunión con el Alter-Ego; así como la consecuente relación fetichizada en el amor cortés de la Dama-Amo/sublime-terrorífica con el Esclavo-Caballero/del narcisismo proyectivo-desubjetivado, que lo sublime y lo tortuoso de la razón y la pasión, de la subjetivización y la desubjetivización adviene una misma división de *vacío irreal* que hace evidente el carácter “distintivo” de la *mirada* cuando recae y magnifica selectivamente algunas representaciones por sobre otras.

Precisamente esta *selectividad* de representaciones sublimes volcadas sobre el objeto del deseo (inaprensible) corre el riesgo de otorgar peso al mundo racional o del ‘aparente olvido’ a lo irracional, de la pasión a la desaprensión volitiva, a las posiciones

de la fantasía que en el rol social aseguran la inclusión o exclusión, propias de la época, revestidas en lo político como el eje del bien y el eje del mal, de la democracia y el terrorismo, del nacionalismo-chovinismo y el hippismo desentendido, de la tolerancia multiétnica y la tolerancia geopolítica, etc., etc., y defenderlas enajenados como los máximos representantes de estas tipologías. Ninguna de estas posturas deja de decirnos, todo el tiempo, que sus antagónico son la misma cosa, son las dos caras que se empujan y se niegan en la lucha encarnizada del nunca acabar y que así constituyen el antagonismo de un mismo orden simbólico que se alimenta de ambas posiciones como clara resulta la justificación de las guerras por la culpígena-humanitaria ayuda de los benefactores resignados que intentan pretenciosamente resaltar el carácter altruista que, proveniente de los grandes cúmulos capitalistas, pueden llevar comida de la ONU o donativos deducibles que no mermen los fondos bélicos causales, a los campos de refugiados y ciudades destruidas por nuestra cultura accidentalizada, es decir, que todos estos fenómenos ideológicos son, en sí mismos, *mediación* y *necrosis* que se extiende en una realidad impensada.

Esta desubjetivación en lo social (en mucho frente a los medios, pues estos debaten y son el espacio simbólico donde se articulan y sostienen) se puede entender como una férrea defensa de corazas existenciales que hacen evidente la fatua magnificencia de argumentos que operan en detrimento propio y recíproco al entramado social; la *preponderancia* del mundo racional frente al *aparente* olvido o desentendimiento, en lo irracional del terrorismo, por el eje del bien, por la legalidad/ilegalidad... apareja proporcionalmente el nepotismo/impunidad, estado de derecho/legitimidad institucional, etc. (que desembocan consecuentemente lo mismo en linchamientos “bárbaros” que en la selectividad de la aplicación de la justicia) justificación de la absurda impotencia ficticia del supuesto antagónico de su recíproco ‘vulgar’: la masa. Así la ficción de automutilación institucional opera más que de la misma forma de eso que repudia y magnifica: lo civilizado y lo incivilizado, lo culto de lo inculto, lo formal y lo abyecto, lo normal y lo patológico, que en su materialidad delimita el sentido del sinsentido del mercado y la insoslayable acumulación-distribución de la riqueza.

La imposibilidad de dar una medida o mirada unitaria a lo que es el acontecer social es, en el sentido de estas consideraciones, un potenciador de una estructura

aprehensible que no se encuentra en la percepción o comunión de opiniones semejantes, sino en la hilación de referentes y representaciones susceptibles de ser subjetivadas, en el lenguaje, la comunicación, en la mediación... en el punto particular del que mira, del sujeto del lenguaje.

En sentido contrario, la desubjetivación (respecto a los medios) no consiste en entender al sujeto como un simple apéndice en la cadena comercial de los medios electrónicos (ser consumidor tipo A, tipo B...) o de ser una reacción subsiguiente en la lógica comercial, donde la estructura tecnológica es punto de inflexión que induce a la pasividad frente al televisor (Subirats 1993), sino todo lo contrario: se puede ser consecuente en la construcción subjetiva frente a los medios sin que una cerveza en la mano opere en detrimento de la lectura de los medios. La desobjetivación, en el sentido tomado en el capítulo anterior corresponde a lo intrínseco del sujeto y mantiene la misma complejidad ideológica tanto en el terreno amoroso como en el entendimiento social a partir de los medios en nuestras sociedades modernas.

4.2.- Masa, Sociedad y Vacío

En su libro ‘A la sombra de las mayorías silenciosas’ Jean Baudrillard, apunta la paradoja de la racionalidad e irracionalidad en función de la lógica de las sociedades entendidas como posmodernas, paradoja que delimita (a nuestros intereses) el espacio que comprende el pensar a la masa como vacío. Particularmente, pues, la *mirada* y el espejo en esta época la revisten en la masa y en los medios respectivamente: “todo el montón confuso de lo social gira en torno a ese referente esponjoso, a esa realidad opaca y translúcida a la vez, a esa nada: las masas”¹. Este es el punto de partida para difuminar y poder precisar la condición de ‘nada’, o más precisamente, de vacío que nos sirve para delimitar el campo de lo social o de la masa en este autor. Sobre esto, el entendimiento primero nos supone, que por su ponderancia referencial, el orden de la ‘cotidianeidad’ mediática, abrumadora, globalizante; el argumento estructural de la mediocracia no es lo primordial en una teoría de la comunicación aunque no por esto restamos la importancia que merece.

¹ Jean Baudrillard, *A la sombra de las mayorías silenciosas*, 1ª ed. Kairos, Barcelona 1979. p5

La sociedad de los medios se ve imbuida principalmente por un vórtice de información que genera en torno de sí misma y de la política institucional, pero no es ya un sentido ilustrado en pugna con el mundo, como, en negativo dice Baudrillard: la ausencia de sentido es “la línea de fuerza ideal de nuestras sociedades, [eso] que se escapa es un desecho que está destinado a ser reabsorbido un día u otro –al contrario, es el sentido el que es solo un accidente ambiguo y sin prolongamiento... y eso es cierto en los individuos también: no somos más que episódicamente conductores de sentido, en lo esencial hacemos masa en profundidad, viviendo la mayor parte del tiempo en modo pánico aleatorio, más allá o más acá del sentido”² siendo que en todo momento la pretensión era articular esa masa amorfa de lo social (como ausencia de sentido), antes se presentaba como primicia de una articulación donde el triunfo de la razón articulaba eso que parece inarticulable, vacío, y por otro lado el recíproco del apelativo racional desarticulado; el sinsentido: como si el sentido o el sinsentido se articulara independientemente de la confrontación de estos antagónicos mismo que al enfrentarse moldean el verdadero sentido que prescinde del sentido positivo y del sentido negativo en realidad ambos podemos ver que ambos son un negativo de la articulación que embarga la sociedad en sí,

¿Es fundamental revirar el sentido hacia los medios? ¿no caeríamos en el mismo problema? ¿no es el espejo aquello que establece el marco donde se ha de proyectar la imagen sublime que supone la necrosis de lo que constituye la realidad de lo otro?... Podemos decir que hay una articulación previa e imposible en una mirada unitaria que sostenga una perspectiva-objeto social o de estudio como bien lo son los medios en ciertos campos, es por esto que la mediación misma es la necrosis parcial de una realidad compleja e imposible de aprehender pues es en el suceder y sus implicaciones en una cadena causal más amplia que repercute en la secuencialidad del tiempo, por estas mismas consecuencias, en acontecimientos susceptibles de ser resaltados por esta mirada que en sí articula lo que viene siendo ya resultado emergente de lo complejo del ser social.

² idem. p. 14-15

En el acontecer teórico, ante los acelerados matices de las sociedades de la información, el referente de fenómenos masivos y el entendimiento que del concepto masa se extiende es vasto. No podemos dejar de atender que la pretensión de definir lo social en sus mismos parámetros sociológicos sea algo difícil. Baudrillard nos dice que “en la representación imaginaria, las masas flotan en alguna parte entre la pasividad y la espontaneidad salvaje, pero siempre como una energía potencial”, sin embargo hay algo en ella misma que *resiste* esta interpretación. Para ello habría que oponer el reverso obscuro de la ley social, la ley que al articular lo permitido articula su opuesto salvaje. Tenemos como ejemplo los linchamientos (como el caso Tláhuac) y revueltas destructivas (como las sucedidas en la periferia marginal francesa) de voracidad equiparable a la ley autonombra de las leyes de mercado que dicta la voluntad del obrar, con el fin de cubrir el *vacío* de poder que el “bien hacer y la rectitud política” obcecada y fatuamente defienden, para recaer finalmente en el barbarismo abyecto de lo olvidado; de la impunidad de los cuerpos de seguridad social, del descrédito hacia las instituciones políticas y a la política misma, de la desesperanza y desatención que implica la realidad económica... es la ley de todo un orden la que empuja a la masa a sus respuestas juzgadas de *salvajes*, siendo ésta la que responde a la ley con la misma respuesta solo que invertida, el resquicio de la ilegalidad con que responde es el mismo punto de desatención que la ley genera.

Ante la imposibilidad de correlación, entre los elementos polarizados por las relaciones de poder imperantes (reduzcámoslo a los gobernados y gobernantes) se desdobra, de lo ‘racional’ de las instituciones la sombra de la masa que muchos adjetivos ya ha desdoblado. Sin embargo, no es aquí, ni en esta paradoja que ni delimita ni redondea, más en sí misma recrea la fantasía, donde habremos de sacar los puntos consecuentes de lo hasta aquí expuesto: leamos este vacío, referido por Baudrillard, como eso mismo que no se puede nombrar, que no se puede llenar, ni tapar con representantes, más son las representaciones que de él hacemos lo que refiere las estructuras y corazas que nublan y pretenden ofuscar el *reconocimiento* que en sí mismo ya es una repetición. Es el constante presente libre de representaciones predeterminadas que dan espacio a la potencialidad de eso mismo que empuja la capacidad representadora y que se vive desde la parte conciente racional del entendimiento en aras de una superación de lo dado pensado desde la confrontación de las representaciones.

A cambio o en franca analogía habría que oponer la tentativa de definición de las sociedades actuales que cabe en ciertas posturas teóricas como la de la sociedad de masas, que incluye apreciaciones contemporáneas nada desdeñables, como el cambio en el entendimiento de características sociales a una irrefrenable multiplicidad de referentes que hacen inadjudicable ideas precisas que enfrasquen (aparentemente o no tan fácil) en un tipo de subjetividad a la época: a los sujetos masa. Esto lleva a pensar un poco más la situación.

En la medida en que el individuo quiera conservarse frente a otros individuos, en un estado natural de las cosas, tendrá que utilizar el intelecto, casi siempre, tan sólo para la ficción... Solamente mediante el olvido puede el hombre alguna vez llegar a imaginarse que está en posesión de una verdad en el grado que acabamos de señalar. Si no quiere contentarse con la verdad en la forma de tautología, es decir, con conchas vacías, entonces trocará perpetuamente ilusiones por verdades.

F. Nietzsche

“Sobre verdad y mentira en sentido extramoral.”

La concepción de lo social a partir de la masa en tanto vacío da pie a una perspectiva no propia de la masa sino de una complejidad que desborda a la socialización misma. Una de las cuestiones que actualmente sostiene dichas representaciones se extiende, indudablemente, del papel que prolíficamente han jugado los medios como un espacio imprescindible de la referencialidad cultural que en sí misma encuentra *lugar*; lo es también, en tanto se refleja como punto nodal a partir del cual se ve reflejado el hombre, en tanto socialización y esparcimiento, en tanto representantes simbólicos que se van articulando en la vida anímica de los pueblos hasta constitucionalidades características del *estado de la humanidad*. Contienen entonces tal importancia en tanto difunden los parámetros que han definido etapas anteriores bajo el velo de la institucionalidad religiosa, bélica, económica, y ahora en el siglo XX y los albores del actual se reencuentra esta disposición a la representación primordial en lo tecnológico y lo mediático.

Hay características fundamentales que son insoslayables para la idea de la sociedad de masas y refieren a la articulación de lo que entendemos como lo social. Hay

estructuras que se *encuentran* comunes y que son inherentes a los procesos que conciernen a los ámbitos de la vida humana y se conjugan como procesos a distinguir en la economía, la política, la vida cultural, etc.. Podríamos suponer que bajo la excusa de encontrar un eje rector, una representación primaria o un discurso hegemónico como globalización del entendimiento al que el proceder actual podrá adjudicarle una nueva racionalidad de los medios o actualizar otra vez el sentido de las luchas de antaño: como la idea de una guerrilla de la comunicación según Sonja Brünzels y Luther Blisset en su «Manual de Guerrilla de la Comunicación».

Un nexo de esta probable continuidad planteada por los campos de saber la encontramos en la actualidad, historicidad, de los textos que nos son accesibles, y por los que producen lo mismo la filosofía griega que la religión occidental, la filosofía política, el estado moderno, la economía política, la sociología, y la historia que en cada una de ellas se teje, cada relectura y revisionismo se complementa y encuentra resquicios de cada campo como en el que ahora nos compete: el de la comunicación.

Estos campos han dado lugar a corrientes y particularidades que resisten al orden hegemónico desde la correspondiente articulación que intenta subvertir los elementos más agobiantes de la cultura. Los románticos, los barrocos, los clásicos, estoicos, socialistas, los comunistas etc.; se han planteado como propuesta que encuentra elementos subversivos propios de la particularidad que quieren resistir, ahora tenemos, ecologistas, indigenistas, neosocialistas, multiculturalistas, neorrevolucionarios (pero eso si, chapados a la antigua), etc. etc.. Ahora, la particularidad en que encontraría lugar la actual propuesta, consiste en ver a la *masa* en tanto *vacío*, pero no un vacío como ausencia de sentido (pues la misma barbarie es el exacto opuesto de la racionalidad de gobierno, como se vió en ejemplos anteriores) sino *vacío* como potencialidad de significación, resignificación de contenidos sociales donde la posición de sujeto y las tentativas particulares de subjetivación tengan consideración en el proceder y en las conceptualizaciones que sobre lo social se extiendan vía los medios de difusión. Así, en esta calidad de *vacío* se da lugar a la correspondiente movilidad que otorgaría la flexibilidad del lenguaje para adecuarse, en cada una de estos *flancos* de resistencia, de acuerdo a la misma movilidad que exige la volatilidad representante de una sociedad que un día obedece a paradigmas específicos de mercado nacional y otro día a retoños de libre mercado o a estatutos benefactores, ecologistas, historicistas, moralistas... lo

cambiante y esquizofrénico de los parámetros actuales articulan en si mismos esta volatilidad de una subjetividad que en su reflexividad no desentienda la causalidad de este núcleo que se extiende mediante representaciones vertiginosas en la esfera social, estructural, política, económica, y amorosa.

Es por esto que las propuestas teóricas del lenguaje (lingüística), del discurso, de la semiosis, del desconstruivismo, el psicoanálisis, del poder, del feminismo tienen como referente común una vuelta particular que definió, en el siglo XX, al sujeto, al punto subjetivo por el que se ha de pugnar en lo social para considerar espacios de resistencia a los recientes cambios y reorganizaciones de gran fuerza desde las guerras mundiales, la guerra fría, la caída del bloque comunista y la incontenible inercia del mercado global en la conclusión del neoliberalismo

4.3 Los Medios sublimes

La primacía de la mediación y la articulación social de los medios tiene lugar en un contexto complejo e intrincado; el desarrollo tecnológico, económico y cultural de la humanidad en los últimos 150 años ha superado exponencialmente lo logrado por siglos. Para los creativos de las teorías nacientes la complejidad resultante no es abarcable por las disciplinas y por ello es imprescindible el representar teórico. A cambio de lo innovador tenemos propuestas conservadoras y totalizantes como la pretensión universalista de la semiótica que, según el entusiasta Lefebvre en 1972, englobaría a todas las ciencias y artes; a la vida cotidiana y el proceder en todas sus generalidades, la ciencia de las ciencias bajo la estructura del análisis de los signos. La tarea es insondable.

Sin embargo el asunto no queda en una idealización de omnipotencia pueril, hay en la sublimación y en los contenidos un maridaje trágico que nos darán algunas pautas para concluir las líneas de la práctica social de los medios. Me refiero a los procesos de difusión masiva y al carácter sublime que se encuentra presente en cada época y que, vemos, es inherente al lenguaje, al amor y a la construcción subjetiva de la realidad y la

“toma de sentido” en las representaciones (con la respectiva dialéctica con las instituciones y toda producción cultural).

Hay en la primacía hegemónica de lo económico un vínculo *informático* proveniente del carácter especulativo y financiero de la economía consolidada con las 2 guerras mundiales. La importancia tecnológica de los medios de comunicación en los procesos económicos es la determinante del crecimiento económico y de vanguardia en los negocios: un minuto de retraso en la información y la investigación de mercado son pérdidas millonarias y rezago de posicionamiento. La conformación sublime de la economía persigue, ya no a la mercancía, sino al trucaje del dinero vuelto información. El citado semiólogo persigue al signo que viene de Saussure. Frege y Wittgenstein se dan a la tarea de definir al número en matemática (cosa no hecha sino hasta el siglo pasado) y a desenraizar la lógica en el lenguaje, respectivamente. Gödel (contemporáneo de Einstein) tira a la matemática y el autor de la teoría de la relatividad a la física. La bomba atómica es la efectividad de un signo $E=mc^2$.

Freud encuentra algo más que la efectividad de la palabra (elucubrada por toda la filosofía), tira a la psiquiatría, a la psicología y Lacan se aventura con su teoría del significante revoluciona a la lingüística, acerca al psicoanálisis con la matemática, la lógica y la física. Todos estos campos tienen como protagonista a lo que el siglo pasado dejó, como legado, en la producción de teorías sobre el sujeto; algunos le dicen signo, otros lo reivindicán en el Deseo como significante; hay quienes lo enaltecen en las paradojas matemáticas y quienes lo centran en el poder o en la deconstrucción o en la hermenéutica.

Las ciencias de la comunicación intentan construir propuestas en la vorágine desatada por los acelerados cambios y los nuevos procesos democráticos propios de cada región. La construcción sociocultural emanada de los medios es producto de la complejidad representada y de los planteamientos vertidos desde la enseñanza en las universidades en su relación con el campo de trabajo y el entendimiento ideológico obtenido de la función social de los medios. La percepción de esta función social no deriva en un determinismo como el planteado por la teoría de la aguja hipodérmica ni constructos más elaborados que deducen el aumento de la violencia social o infantil a un aumento de contenidos. El entendimiento ideológico que resulta del entramado social

representado en los medios contiene por tanto un matiz epistemológico que nos lleva a la subjetivación como proceso de conocimiento en el ámbito académico y social (en tanto copartícipes de los procesos mediáticos); en lo particular del lenguaje y lo general de la mediación.

El apelativo a la desubjetivación en procesos ideológicos permite acercar, desde la subjetividad, estructuras similares a la ficción del amor cortés en tanto la mediación articula narrativas susceptibles de apropiación. Tales articulaciones emanan del acontecer de los medios electrónicos, en el sistema socioeconómico y político del que participan, como parte de la lógica de representaciones que dan lugar en lo cotidiano de la democracia, y sus principales actores: la institucionalidad y los fenómenos socioculturales que constituyen el imperativo de demanda informativa.

La participación de los medios en su funcionalidad mediática opera como *Mirada y Espejo*, se articula como una respuesta que pone en común los elementos referenciales a partir de los cuales encuentran lugar la toma de sentido apropiada en los actores que, en esta lógica, se ven imbuidos y seducidos a participar como actores estelares de procesos que competen a una realidad inescrutable y de difícil acceso, muchas veces atraídos simplemente por el asombro de las cualidades técnicas de difusión o simulación virtual, otras tantas por ser los portadores de discursos sostenidos por las ventas y la mercadotecnia, no obstante, la noción informativa también es consciente de la función reflexiva que implica la presencia de temas “a nivel nacional”. La excitación que puede causar el revuelo de un escándalo a nivel nacional sabe al mismo tiempo que la mirada de la sociedad se volcará en los espacios aledaños de lo sucedido. Este lugar de exaltación noticiosa que generan los medios en mucho es contenido para no desbordar problemas más serios, pues la potencialidad de la difusión masiva y la exigencia resolutive de problemas sociales no encuentra cauce entre los antagonicos implicados: la lucha de clases se torna lucha de frases dentro de la clase política y las esferas de control económico y mediático.

Este margen de posibilidad de jugar con los contenidos y propinar imágenes en el terreno del mercado del sentimiento da pauta a una lectura de realidad que escapa a lo mostrado. El control televisivo por el duopolio mexicano no es novedad para nadie. Es la pantalla fría la que en sí constituye la fuente de los referentes de la fantasía que cubre

el orden mediático. Esta misma fetichización de la figura de los medios se articula por el orden jerárquico-económico que los constituye y en el mismo entendimiento que supone la potencialidad técnica de ser los ‘ojos del mundo’, de ser, en la efectividad de la transmisión de la información en tiempo real, la valía de la especulación financiera transferencia del mismo capital por internet, por ejemplo.

Esta exaltación de la ‘comunicación’ y el avance tecnológico constituye la función-valoración por la cual los medios se elevan como espejo-objeto-mirada central de la fascinación sublime que obtura la perspectiva reflexiva que sobre sí mismos extenderían los medios como una respuesta, a sí misma negada, en confrontación con la realidad de la sociedad como vacío.

La totalidad social se equipara con el “potencial democrático” contenido en los medios, con las narrativas que estos construyen. La cotidianeidad de la vida de un país se reduce a nivel de *copartícipe* frente a la labor mediática en manos de la clase política y empresarial. Así, la representación de roles ideológicos que sostienen las estructuras de “poder” se juegan a partir de la continuidad estéril de un determinado entendimiento social; de una histórica secuencialidad de valores morales que tanto en lo económico como en lo político y lo amoroso (como se vió en el apartado 3 de este trabajo) se aferran a perpetuar formas dadas del proceder de subjetividades comprometidas en sus representaciones fantásticas; que sostiene la sublimación propia del sujeto en “una época”.

El imperativo ideológico de pertenencia a ciertas reglas y matices del juego se balancea en las decisiones particulares del desempeño de los individuos. Este matiz de justificación y pertenencia a los tiempos democráticos es lo que genera conteo de opiniones a modo de estadísticas o encuestas; la centralización de percepciones en opiniones articuladas por la agenda de los medios da lugar a tentativas reflexivas del suceder nacional. En este sentido los medios en su estructura económica, política, jurídica y social contienen las pautas de la representación cultural. Las peculiaridades del contexto, de la estructura y la superestructura de nuestra sociedad tiene implicaciones directas en la configuración de los medios; al igual que en las instancias democráticas quedan huecos jurídicos y administrativos, por ejemplo al contabilizar o gastar con transparencia los ingresos en las campañas políticas, los medios participan de

ese margen desde la posición económicamente beneficiada. Los procesos mediáticos en las democracias quedan a entera disposición de la clase política que, encargada de cumplir con los cometidos de los propios intereses, enarbola hasta la autoexaltación del carisma espacios de decisión que competen a la sociedad en su conjunto. Este desvío sublime desemboca en la precariedad de condiciones propicias para un mejor funcionamiento en lo social; es un discurso que contiene la falta de subjetivación de quienes componen cada esfera de trabajo, de educación, de participación social, cultural, artística, económica, política. Es solo cuando se llega a puntos críticos que se denota la obnubilación mediática en contraste con el nivel de descomposición social.

La labor de los medios en tanto extensión del sistema político económico se nos aparece bajo el proceso ideológico de la figura de la dama, la cual es representada con las mismas características dictatoriales del señor feudal, el amo ideológico, trabajado en el capítulo anterior. Es esta pantalla fría e idealizada la que exalta sus propiedades tecnológicas frente a los procesos culturales que implican la interacción en tiempo real; el grabar la imagen propia o del otro en cualquier momento, bajo la ayuda de un dispositivo de telefonía celular; el reducir las distancias y la presencia de los cuerpos a una relación especular o virtual. Es la exaltación de las propiedades tecnológicas lo que determina lo económico, político, cultural, artístico, etc., relegado al silencio. Esta representación publicitaria contiene el funcionamiento de sectores del mercado de la tecnología que en su compleja red está ligada a la lógica de mercado que en su carácter global no puede desentender la interacción bursátil con todos los sectores, como el delicado petróleo, por ejemplo.

La articulación de la estructura representante del lenguaje –negatividad- en la mediación resulta una postura crítica a las teorías de la determinación social, es una pretensión de rescate de la postura subjetiva en una época donde la idea del choque de las civilizaciones es más vigente de lo que se cree, donde los procesos de identidad de mercado MTV y Hollywood son la primacía, donde la personalización de una imagen masiva resulta un proceso identitario que ha de mudarse con el siguiente comercial, donde la perpetuidad del cambio de imagen es la perpetuidad de la desubjetivación.

La lucha por el reconocimiento en una sociedad de entretenimiento resulta una lucha constante frente a la multiplicidad de referentes, la cantidad y variedad de

fantasías personalizadas resulta una vorágine donde la construcción subjetiva, es afortunadamente, la primera y la última trinchera, la defensa del espacio social donde lo subjetivo tiene lugar en aras de la subjetivación de procesos y lugares.

CONCLUSIONES

Llegados al final de este trayecto podemos hablar de sustanciales cercanías entre ‘Mediación y Amor cortés’, así como de las variadas relaciones que cada uno de estos extrae del orden social que le corresponde. A partir de términos fundamentales en las teorías de la comunicación (lenguaje y comunicación) es legítimo hablar de subjetividad y de la intrincada relación de cada uno de los elementos tangenciales en juego. Hablar de elementos íntimamente relacionados con la práctica de los medios de difusión, con los procesos culturales y por ende con los democráticos, nos ubica aún más en el terreno de la subjetivación como propuesta de la acción social, es decir, que podemos valernos de la característica hegemónica de nuestro orden social (la mediación) para hablar de un trayecto ‘De la comunicación a la subjetivación’: como un proceso de transformación y resistencia ante las estructuras ideológicas de la *construcción* social.

Abordar componentes lingüísticos para dilucidar las raíces de lo subjetivo nos remiten a campos que generalmente se mantienen distantes, la relación de un hombre con su lengua es tan indisoluble como la relación del mismo con sus allegados. Los procesos de conocimiento contienen estructuras de representación lingüística y son inherentes al Deseo conformado en lo social. La construcción de una *realidad simbólica* en una *realidad animal* nos remite directamente al planteamiento del *lenguaje como representación* y a los objetos representantes en la fantasía y la idealización.

Es el amor cortés, en el terreno del lenguaje, una corriente literaria y una forma de expresión sublime de un momento histórico; es el amor cortés la idealización revestida por un imperativo ideológico y en este caso la categoría que acerca el vacío de la representación idealizada en la palabra (Deseo) con la representación social que *atrae la mirada* (la mediación-espejo). Es por el lenguaje que se acercan dos campos disímiles el enamoramiento mediático y la característica hegemónica de la ‘palabra seductora’ de los medios: el lenguaje como *representación* es el *vacío sublime* que se

reviste en el reflejo de la palabra representada, y por ello idealización del espacio social compartido.

Sin embargo es el lenguaje lo que se pone en juego al momento de hablar. Hablar es arriesgar, en el espejo, la mirada que viene de regreso y nos ubica. Esta característica de la palabra convertida en reconocimiento es la que articula a la *comunicación* y éste el terreno en que se apuestan las propias representaciones, lo deseado-apalabrado es el vacío obturado. La función social de los medios no hace sino ocupar este mecanismo de reconocimiento por el que el espacio mediático de los medios electrónicos contrae o expande las representaciones políticas, económicas, sociales o culturales que delimitan el campo de acción de los individuos de nuestra sociedad y de los grupos dirigentes. Es esta función legitimadora la que se vuelve objeto de la idealización consensuada. Eso sí, bajo reserva de ser apropiada por los parámetros ideológicos de la vida cultural nacional.

La compaginación del reconocimiento y la palabra, elementos que conforman lo *subjetivo*, están presentes en el estudio del lenguaje, en el análisis de las formas de sublimación “cortés” y convergen también en la comunicación: en lo hegemónico-idealizado de los procesos teórico-mediáticos. No es difícil escuchar de la “sociedad de la información” o de una “sociedad de masas”, producto de los *massmedia*; no lo es, tampoco, hablar de participación democrática sin que este carácter masivo o de la participación colectiva se haga presente: la extensión de esta problemática desborda los modelos de comunicación y a las teorías que la contienen pues no puede ser el carácter personal sublime (de la comunicación exclusivamente dialógica) la isla de lo privado en la realización subjetiva, como tampoco puede serlo el regocijo en la enajenación de la participación desubjetivada. El reconocimiento y la palabra puestos al servicio de cualquiera de estas dos opciones se mueve en el terreno de la idealización previa que aseguraría la inclusión en el orden social de la repetición de lo preestablecido.

Menester es reafirmar que la producción teórica en el campo de las Ciencias de la Comunicación no está exenta del compromiso literario, económico y cultural que sugiere nuestro tiempo. Hoy día tenemos teóricos que satanizan o vanaglorian a los medios y revelan constantes “novedades” sin atender que ese terror o fascinación es el

terreno de la exaltación sublime la que permite la valoración legitimadora de fenómenos sociales que abanderan posiciones únicas y privilegiadas o atroces y abyectas.

La perspectiva del lenguaje, en tanto deseo y reconocimiento del sujeto, puede aportar desde su campo el fundamento de un acercamiento teórico entre la naturaleza de las *representaciones* y la idealización de la Dama en el amor cortés (en tanto desubjetivación), como propuesta reinterpretativa del espacio ideológico y social. Así, la desubjetivación y el amor cortés pueden ser analizada bajo los parámetros del lenguaje y de la comunicación en la lógica de los medios de difusión, es decir, en el estudio de la comunicación, parto de la significación de la experiencia y la complicidad que esta tiene con las normas sociales.

La subjetivación de las estructuras representantes no es sin el reconocimiento del deseo del otro tras la ficción representada en lo hegemónico (mediación) de nuestras sociedades con constantes pretensiones democráticas. Esta propuesta implica retomar el *cuerpo* de lo social en la comunicación sin desatender la perspectiva subjetiva (error frecuente de las 'teorías de la comunicación' funcionalistas); implica dejar de ver a la comunicación como un entramado proceso social injerencista que, convertido en modelos o teorías, se convierte en la justificación de parámetros directrices de los procesos culturales (teorías estructuralistas), y, por supuesto, tampoco se trata de refugiarse en el opuesto inverso ilustrado-racionalista que lleva a algunos autores a plantear el entendimiento voluntarista, exclusivo de la comunicación sin medios electrónicos.

La cercanía de las funciones referenciales en lo subjetivo (*Mirada-Espejo Caballero/Dama*) y en lo social (Discurso mediático/realidad social), contiene el potencial reflexivo que implica la existencia subjetiva como propuesta teórica y práctica en el medio social. Esto implica que el estudio de cada uno de los campos del acaecer subjetivo (en lo lingüístico, comunicativo, amoroso y mediático) es insoslayable, menos aún en sus *revestimientos* sublimes. La subjetivación en estos los procesos implica también lo ineludible de la sobrevaloración simbólica de procesos y *objetos* sociales (en nuestro momento entendido como democracia y medios) es la mirada la que ha de revirar el sentido de la argumentación sublime a fin de evitar que los parámetros de

apreciación subjetiva se conformen en simples pertenencias ideológicas, sea la pertenencia teórico académica o la amorosa o la del consumo mediático.

Este esbozo epistemológico psicosocial es un complemento a las teorías de la comunicación en la pretensión multitemática de lo amoroso, de la sublimación en lo hegemónico de los procesos mediáticos -propios de democracias como las actuales- en el que el entendimiento que la articulación teórica y el proceder académico tienen injerencias directas en la práctica comunicativa y en el orden social. Primordialmente en el lugar que ejercen como subjetivación educativa y profesional; estas reflexiones sobre la complejidad de la *construcción subjetiva* son a fin de cuentas construcciones sociales.

Dicho acercamiento a la subjetivación como *objeto* de las ciencias sociales es un intento por avanzar en el campo que compete a la configuración de la teoría que, a través de las universidades, tiene lugar en la práctica cotidiana de los medios. La articulación teórica como subjetivación, de los que participamos del mundo, funge como punto reflexivo, de resistencia, de producción de conocimientos consecuentes con los nuevos procesos culturales que dan lugar en el presente.

No por ello el oponer temas como el amor cortés con la mediación requiere de analogías exactas que permitan sustituir la figura de los medios con la del caballero o la dama en las narrativas de la edad media. Tampoco se haría con justeza si se apelara análogamente a las condiciones ideológicas que representan estas instancias a fin de obtener resultados directos que sentenciarán enamoradizo el proceder en lo social, ni tratar de encontrar pautas en el abordaje: lo mismo de cortejos amorosos que de propuestas políticas en tiempos electorales, por tentador que parezca.

La construcción social, fantástica o crítica, de la realidad remite ineludiblemente al entendimiento que el sujeto tiene de sí mismo en el entorno que se explica o se representa en el discurso o en el imaginario. En esta construcción subjetiva se da un sentido que inserta, desde la posición inexorablemente sesgada que implica un punto subjetivo, la participación en y por entidades colectivas resultantes de procesos históricos. La realidad oficial articulada por los grupos de poder resulta tan falaz como evidente es el carácter sublime del proceder unitario de opiniones totalitarias e intereses particulares, por ejemplo, de los medios en plenas excitaciones electoreras.

La antigua disputa encarnizada por la dirección de proyectos nacionales (capitalismo - socialismo), en tanto modelos de producción de sujetos, han quedado atrás pero no el sustento y potencialidad que encarnan las ciencias sociales desde espacios vitales susceptibles de ser traducidos a la práctica social, a su aplicabilidad en la cultura de lo cotidiano; no desde la proliferación de resultados prácticos en el mercado sino como modos de resistencia en la construcción de subjetividades que incorporen espacios reflexivos en lo social, lo político y lo económico... de un regreso reflexivo a lo indisoluble conjugado en el mercado, los medios y la democracia.

La lectura que resulta de la función social de las instituciones mexicanas, el IFE, los partidos políticos, las cámaras empresariales o legislativas, respecto de los medios es inabarcable y se puede sugerir que esta realidad se aparece como *inescrutable* y la fragilidad de las relaciones que la sostienen son tratadas en los medios como esa 'Otreidad absoluta' que está dada y es inapelable, aun si su proceder (en términos jurídicos) y el tejido social está colapsando. En este sentido las representaciones sociales y los intereses de los grupos dirigentes ponen en jaque la construcción social y las actividades económicas privilegiadas: son estas posiciones privilegiadas las que se mueven en los términos de idealización caballerescas y son estas representaciones las que han de defenderse en el espacio mediático para no confrontar lo *ficticio* de los roles de "los poderosos".

Este punto sensible de la construcción social se convierte en un espacio que la opinión pública ha de dirimir en procesos culturales-democráticos a través de los medios; en este punto la idealización (sostenida por el status quo de las instituciones) se convierte en la defensa personal de aquellos que se han afianzado en las jerarquías sociales y sostienen por ello su rol de *poseedores* del imaginario. Es la discusión de la sociedad civil y la discusión que se filtra en los medios un intento de subjetivar o desmitificar las representaciones sociales que operan como discurso oficial por sobre la acción de los sujetos.

Sin embargo las particularidades propias de los procesos mediáticos pueden insertarse en propuestas analíticas que denuncien o no los puntos de inflexión en lo social, particularmente si la complejidad social cuestiona las *raíces* de la organización

institucional. Es con esta analogía en el amor cortés que podemos decir que el síntoma personal no se dirime en lo privado de las articulaciones personales sino que se extiende en lo social como síntoma por la desubjetivación mediática donde la incursión de elementos que rompen la fantasía es, a fin de cuentas, una batalla imaginaria que intentará deslegitimar las posiciones obsoletas que retrasan la lectura de *la sexualidad como juego del poder político*, según el sentido que el presente trabajo ha delineado en las representaciones sublimes.

En este tenor tenemos como conclusión que el juego por el reconocimiento en la comunicación, que no la enajenación identitaria, se construye como espacio reflexivo en la consideración de lo subjetivo por la potencialidad de la subjetivación en lo social, es decir, que los espacios sociales desubjetivados (por la técnica mediática) son materia primordial en el juego de representaciones y desmitificaciones de los roles ya afianzados.

La función social de los medios es la función hegemónica en la articulación de la agenda nacional y por ello no ha de ser desdeñada pero tampoco atendida en términos sublimes sino ubicada como el espejo de lo social. Justo el espacio social es el que se reviste de significaciones y son los individuos los que apuestan la palabra y los que pueden observarse o no en términos de apego idealizado o pertenencia al orden social, pero es la resignificación de dichas representaciones la que da cabida a nuevas lecturas y nuevos escenarios en el acaecer de la vida social.

Esta consideración de la isla personal como espacio subjetivación en lo social es la que da un vuelco a la comunicación y no por sus parámetros dialógicos sino por proceso de reconocimiento que es propio de la naturaleza del lenguaje. Si las representaciones están íntimamente ligadas con la pulsión, y esta con el Deseo, no ha de extrañar que sea la palabra la que está en juego; que sea la palabra -espejo (mediación) y función social como síntoma compartido.

La mirada de los medios contiene inevitablemente un poder de convocatoria que aún en sus fines más mórbidos escapa al control de los poseedores de los mecanismos de coerción informativa, económica o política. Este es el campo en el que la construcción de la subjetividad, en consideración de la subjetivación en las teorías de la

comunicación y las ciencias sociales, puede producir coyunturas y criterios nuevos al interior de los procesos dispersos que se generan en el devenir social.

Actualmente los movimientos sociales, la función de la sociedad civil y los modos de resistencia intentan prescindir cada vez más de las estructuras rectoras del cada vez más adelgazado Estado. Múltiples factores de participación social se definen en parámetros culturales de opinión e injerencia de grupos sociales definidos por intereses específicos. Es en este tenor que la propuesta de la subjetivación de espacios por los individuos es una propuesta teórica que pretende encontrar reflejo en productos culturales afianzados en la lectura de la vida individual como proyección de la “vida nacional”.

La subjetivación de estos espacios implica la desmitificación de las figuras sublimes reflejadas en las estructuras sociales: medios, instituciones, roles y figuras representativas. La consideración discursiva de elementos de los que sobra información o prácticas mediáticas excesivas son fenómenos culturales que se han de dirimir no por el agotamiento de la discusión teórica o política sino por los planteamientos de los participantes que han de discurrir y ejercer (ineludiblemente) sobre las representaciones sociales más vigentes.

Llegados al final de este trabajo podemos decir que encuentro a *la mediación como un elemento referencial de lo subjetivo obnubilado en lo social por la idealización de la comunicación*; que los medios de difusión, en su práctica social y como objeto de las teorías de la comunicación, conceden en lo hegemónico la idealización subjetiva, según lo actual del amor cortés. Esta idealización sublime no es sino la posibilidad del potencial inverso en la subjetivación y la propuesta que nos lleva una y otra vez de la “Mediación al amor cortés y de la comunicación a la subjetivación”.

BIBLIOGRAFÍA

Ander-Egg, Ezequiel, *“Introducción a las técnicas de investigación social”*, 7ª ed., Edit. Humanitas, Argentina 1978, 335p.

Anverre, Ari et. Al., *“Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego”*, Edit. Fondo de cultura económica UNESCO, México 1982. 309 p.

Baudrillard, Jean, *A la sombra de la mayoría silenciosa*, Ed. Kairos, México 1971. 214 p.

Bell, Daniel et. Al., *“Industria cultural y sociedad de masas”*, Monte Ávila editores, Venezuela 1974. 259 p.

Beltrán, Luis Ramiro y Fox de Cardona Elizabeth *“Comunicación Dominada”* Edit. ILET Nueva Imagen, México 1980

Benveniste, Emile, *“Problemas de lingüística general”* 1ª ed. Siglo XXI

Bodei, Remo *Geometría de las pasiones*, 1ªed, FCE, México 1995. 490p.

Bohmann, Karin *“Medios de comunicación y sistemas informativos en México”*, Alianza editorial mexicana, CNCA México 1989, 397p.

Bunge, Mario, *“La investigación científica”* , Edit. Ariel (colección. Convivium), España 1976, 956 pp.

Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis: técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Barcelona. Edit. Gredisa, 2001. 233 p.

Esteinou Madrid, Francisco Javier, *“Economía política y medios de comunicación”*, Edit. Trillas, México 1990, 249 p.

Esteinou Madrid, Francisco Javier, *“Los medios de comunicación y la construcción de la hegemonía”* Edit. Trillas, México 1992, 203 p.

Fontcuberta, Mar de y Gómez Mompert J.L., “*Alternativas en comunicación*”, Mitre, Barcelona 1983 141 p.

Foucault, Michel *De lenguaje y literatura* ed. Paidós. 1991 México 289 p.

Foucault, Michel *El orden del discurso*, 2ª ed. Fabula. España 2002, 76p.

Foucault, Michel *El sujeto y el poder*, versión electrónica.

Fox, Elizabeth, “*Medios de comunicación y política en América Latina: La lucha por la democracia*”, Edit Gustavo Gili, 1989, 230 p.

Freud, Sigmund *Obras completas*, ed. Amorrortu Argentina, 1989.

Goode J., William y Hatt, Paul, “*Métodos de investigación social*”, edit. Trillas, México 1977, 469 p.

Gurméndez, Carlos *Tratado de las pasiones*, 1ª ed. FCE, México 1986.

Habermas, Jürgen *Teoría de la acción comunicativa II, Crítica de la razón funcionalista*. 1ª ed. Editorial Taurus, México 2002, 618p.

Heidegger, Martin *Arte y Poesía*, 1ª edición 10ª reimp. FCE. México 2001, 149p.

Kojeve, Alexandre *Introducción a la dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*, ed. Fausto, Buenos Aires, 1999,

Lacan, Jacques *Escritos 1, 10ª ed, Siglo XXI, México 1984, 509p.*

Lefebvre, Henri *Lenguaje y Sociedad*, 1ª ed. Proteo, Buenos Aires, 1967

Mannoni, Octave *Las pruebas del imaginario* 2ª reimposición 1990, Argentina 104 p.

Martín-Barbero, Jesús et. Al., “*Comunicación y democracia: VI encuentro nacional CONEICC*”, Edit. Opción, México 1992.

Martín-Barbero, Jesús, “*Comunicación Masiva Discurso y Poder*” Edit. Época, Ecuador 1978, 249p.

Martín-Barbero, Jesús, “*De los medios a las mediaciones: Comunicación cultura y hegemonía*”, G. Gili, México 1987, 300p.

Martín-Barbero, Jesús, “*Procesos de comunicación y matrices de cultura: itinerario para salir de la razón dualista*” FELAFACS G. Gili, México 1987, 212p.

Mattelart, Armand, “*La comunicación Masiva en el proceso de liberación*” Edit. Siglo XXI, México 1977, 263p.

Mattelart, Armand, “*Multinacionales y sistemas de comunicación, los aparatos ideológicos del imperialismo*”, Edit. Siglo XXI, México 1977.

Moragas, Miquel de, et. Al. “*Sociología de la comunicación de masas*”. Edit. G. Gili 1985 México, 216 p.

Nietzsche, Friedrich Wilhem. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid. Edit. Tecnos, 1990. 90 p.

Pasquali, Antonio, “*Comunicación y cultura de masas*” 4ª ed., Edit. Monte Ávila, Venezuela 1977, 611p.

Price, Henri H. *Pensamiento y experiencia*, 1ª ed. FCE, México 1975, 276 p.

Prieto Castillo, Daniel, “*Discurso autoritario y comunicación alternativa*”, Edit. Edicol, México 1980, 211p.

Rojas Soriano, Raúl, “*Guía para realizar investigaciones Sociales*”, 30ª ed. Edit. Plaza y Valdés, México 1998, 437 p.

Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Madrid. Edit. Alianza, 1983. 518 p.

Simpsons Grinberg, Máximo, “*Comunicación alternativa y cambio social*”, UNAM FCPyS, México 1982, 328p.

Subirats, Eduardo. *Metamorfosis de la cultura moderna*. Barcelona. Edit.

Anthropos, 1991. 237 p.

Trejo Delarbre, Raúl, “*De la crítica a la ética: El nuevo contrato público*”,

Universidad de Guadalajara, México 199?, 63p.

Zizek, Slavoj *El sublime objeto de la ideología* 2ª ed. Siglo XXI, México 2001

Zizek, Slavoj, *El acoso de las fantasías*, 1ª ed. Siglo XXI, México 1999, 261p.

Zizek, Slavoj, *Las metástasis del goce*. 1ª edición. Paidós, Buenos Aires, 2003,
328p.